

EMMA M. GREEN

**JUEGOS**  
*prohibidos*

Addictive  Publishing

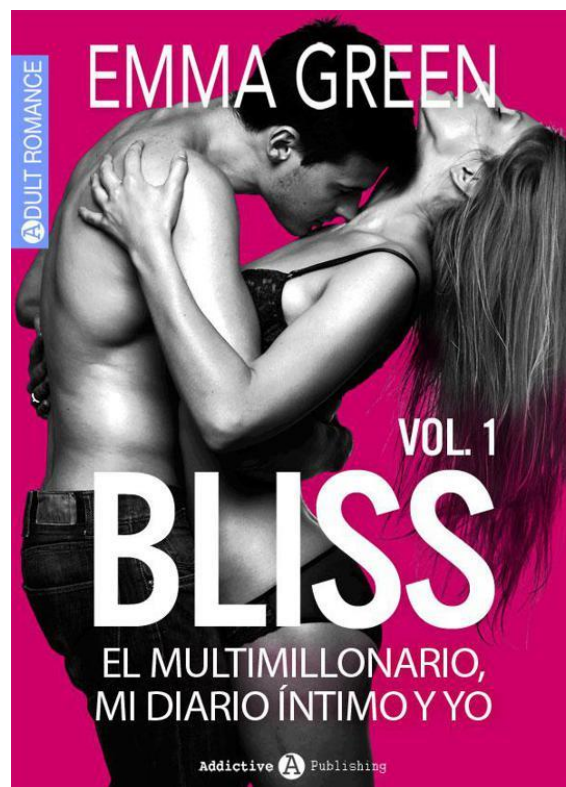
5

## En la biblioteca:

### Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto... Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



## En la biblioteca:

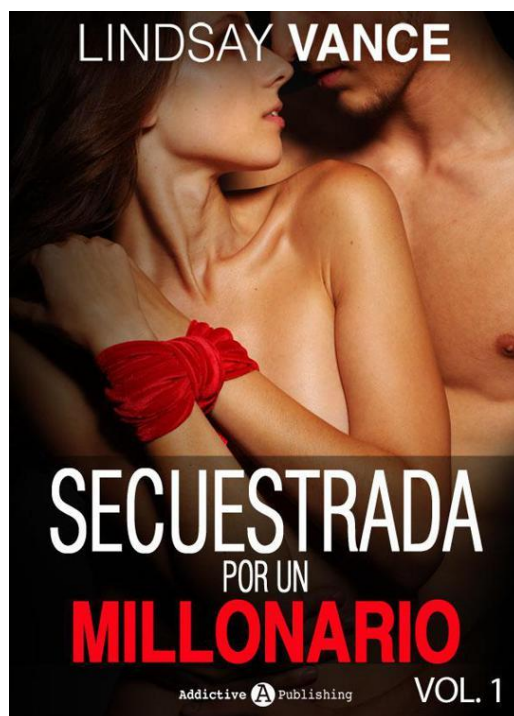
### Secuestrada por un millonario

Un secuestrador tan seductor como hechizante. Una joven secuestrada por su propia seguridad. Una tórrida pasión que le hará perder el piso.

La linda Eva es raptada por Maxwell Hampton. Sólo que su rico y seductor secuestrador afirma haberlo hecho para salvarla de un peligro sobre el cual no quiere revelar nada. La joven, independiente y apegada a su libertad, va a revelarse contra este cautiverio forzado; pero su captor, dueño de un encanto hechizante es tan enigmático como persuasivo. Y Eva deberá luchar contra su propio deseo. Porque, ¿no dice el dicho que la mejor manera de vencer a la tentación es caer en ella?

Descubra rápido el primer episodio de Secuestrada por un millonario, una saga de la nueva escritora inédita Lindsay Vance.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



## En la biblioteca:

### Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



## En la biblioteca:

### El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño... aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.  
Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo... o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán... aunque no quieran.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)

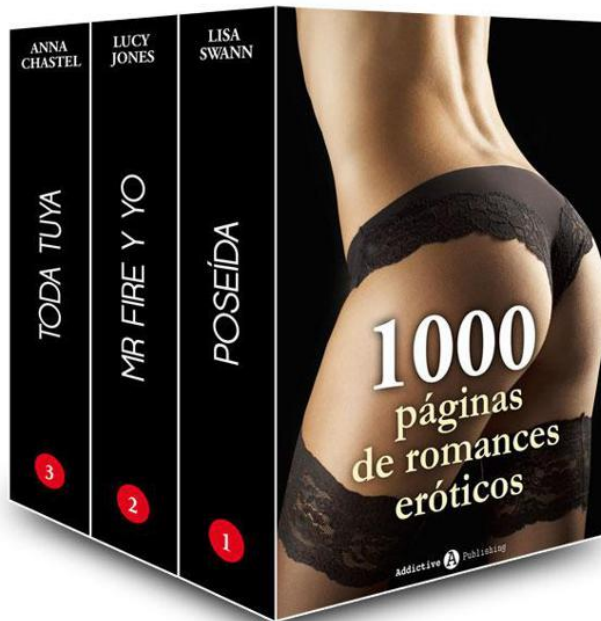


## En la biblioteca:

### 1000 páginas de romances eróticos

**Horas de romances apasionados y eróticos** Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



Emma Green

# **Juegos Prohibidos**

**Volumen 5**

# 1. Un gran desastre

*Ese beso tan sublime... La pantalla subiendo... Tristan y yo, cayendo en la trampa, frente a todos esos rostros impresionados.*

*Si tan sólo pudiera borrar esa imagen. Arrancarla de mi mente donde está tan grabada, para siempre.*

Sienna está furiosa. La castaña, humillada por nuestra culpa, atraviesa la multitud del country club y nos ordena con una voz glacial que la sigamos. Tristan obedece, se pone de pie y me ofrece la mano animándome con su mirada grave y protectora. Mi corazón me incita a tenerle confianza, a creer en él, en nosotros, pero me quedo postrada, incapaz de moverme. Los murmullos se multiplican, se hacen más fuertes. Craig interviene, llega hasta mí sosteniendo todas las miradas acusadoras, toma suavemente mi muñeca y me convence de seguirlo hasta el estacionamiento. Recupero el uso de mis pies, pero de la palabra todavía no.

En el auto reina un silencio de muerte. Lucho contra las lágrimas, estoy en otro mundo. Harry se duerme rápidamente, acurrucado en su asiento del auto. Tristan está volteado hacia el otro lado y sus amplios hombros forman una barrera entre nosotros. Al bajar de la SUV, me doy cuenta de que lo peor todavía está por llegar.

– ¡No se conformaron con arruinar la ceremonia de mi premio, no! ¡Hicieron que no me atreva *NUNCA* más a salir de mi casa por la vergüenza que siento!

Los gritos de Sienna llevan más de una hora resonando en la residencia familiar. Mientras que mi padre permanece mudo, volteado hacia la ventana, su mujer se desgañita sin parecer para nada cansada. Y a pesar de mis tímpanos que timbran, a pesar de todo lo que me molesta de ella, me siento culpable. Me odio por haber arruinado su velada. Me odio por haber decepcionado a mi padre, por haber dado ese espectáculo, por haber *manchado* el retrato familiar. Y por haberle hecho sufrir todo eso a Tristan. Pero más que nada, me odio por haberme enamorado del único chico al que no tenía derecho de amar. « No tienen derecho », eso es lo que todos deben estar pensando. Justo cuando acababa de decirle, o casi, que lo amaba. Siento que regresamos al punto de partida.

Tristan no me ha mirado, no me ha dicho ni una sola palabra desde que dejamos el country club. Con la mirada dura y pareciendo intocable, él mira la pantalla plana de la televisión apagada, como si fuera a lograr atravesarla para huir.

*Cuánto lo comprendo...*



Y Sienna continúa hecha una furia dando vueltas alrededor de mí:

– ¡Maldita sea, digan algo! ¡Al menos eso nos deben! ¡Craig, reacciona! ¿Te das cuenta de lo que hicieron?

– ¿Sólo fue un beso? pregunta de pronto mi padre, pareciendo cansado y sin mirarnos. ¿Uno sólo? ¿Nada más?

Estoy agotada. Agotada de tanto mentir, de tanto actuar, de tanto esconderme. Estoy a punto de confesarlo todo cuando Tristan voltea finalmente hacia mí. Mi corazón se detiene, me doy cuenta de que ya no es el mismo. Nuestra burbuja, nuestra serenidad, nuestra osmosis *realmente* acaba de romperse. ¿Todo el camino que recorrimos fue en vano? Tiene los brazos cruzados, la mordida apretada, sus ojos me examinan cuidadosamente, con cierta ternura. Esperaba encontrar en ellos enojo, desconfianza, pero estaba muy equivocada.

Él parece comprender que estoy a punto de confesarlo todo. Parece leer la desesperación en mi mirada. Y con una ínfima señal de la cabeza, me dice que no. Me impide hacerlo. No estoy segura de entender por qué. Me siento confundida. Una lágrima corre por mi mejilla. Tristan se voltea y toma el control de la situación. Su voz ronca llega a rescatarme.

– Fue un error... resopla hacia mi padre. Lamento lo que hice. Yo soy el único responsable, no sean tan duros con Liv. Esto no se va a repetir. Nunca.

Mi corazón se rompe en mil pedazos. Sé que no dice estas palabras en serio. Sé que sólo está buscando sacarnos del apuro, pero ya no logro quedarme allí y seguir fingiendo, así que huyo. Una vez que llego a mi habitación, puedo darle rienda suelta a mi llanto. Toda la noche.

\*\*\*

La información recorrió toda la isla en menos de veinticuatro horas.

Bonnie y Fergus llegaron a mi casa al día siguiente de la catástrofe, mientras que Tristan estaba desaparecido, aparentemente decidido a no verme ni hablarme. La casa estaba desierta, ya era hora de que me liberara. Mis mejores amigos tuvieron derecho a la versión completa, a toda la historia de *Tristan et Liv* desde el principio. Bonnie estaba furiosa, Fergus impresionado. Ambos convencidos de que lo odiaba. Disgustados de que hubiera podido mentirles por tanto tiempo. Y luego se hicieron a la idea, poco a poco, venciendo el dolor. Hay que decir que probablemente mis abundantes lágrimas les ayudaron a sentir compasión. Después de hacerme un millón de preguntas, Bonnie concluyó que siendo mi mejor amiga debía haberlo sabido antes. Fergus se conformó con suspirar y admitir que oficialmente era el último loser del grupo. Y los tres nos pusimos de acuerdo en que estaba prohibido volver a hablar del tema, hasta que pusiera mis ideas en orden. Y que la vida normal retomara su curso.

*¿Él también siente este vacío en su interior?*

Acompañar a mis dos mejores amigos a la playa y dejar la villa es toda una tortura. Al igual que enfrentar las miradas, las sonrisas fingidas, los juicios apresurados. Paranoica o no, me parece que ya nada es como antes.

– Sólo tienes que pintarte el cabello y aumentarte los senos. ¡Las personas no notaran nada! bromea Fergus llenándose todo de bloqueador.

Bonnie lo mata con la mirada y se levanta los lentes del sol.

– Nadie te está mirando, Liv, todo está en tu mente.

– ¿Y eso qué es? gruño.

Le muestro con el dedo al grupo de chicos que se instaló a algunos metros de nosotros y en particular el castaño bajo que me toma una foto riendo.

– ¡Váyanse, bola de rapaces!

Mi mejor amiga corre hacia ellos gritando y agitando su sombrero. Reúno mis cosas, decidida a regresar a mi madriguera. A estas alturas, nada podría reconfortarme... excepto los brazos de Tristan. Sólo que éstos ya no se abren para mí. Perdí ese privilegio al besarlo frente a todo el mundo. Y ahora más que nunca debemos mantener las apariencias. No acercarnos más. Actuar nuevamente como si nos detestáramos. Y evitarnos para no cometer un error.

– Liv, quédate con nosotros, me sonrío con tristeza Fergus. Esto es sólo un mal rato pero ya pasará. Las personas ya encontrarán otra cosa para distraerse... Mira, Bonnie y yo aceptamos la situación, los demás harán lo mismo.

– Gracias... por haber comprendido...

Aprieto los puños, me muerdo el labio, estoy decidida a no llorar más. Miro el océano. El agua se ve particularmente clara el día de hoy y, a pesar de la presencia de algunas nubes, el sol se refleja perezosamente en la superficie. Pero esta repentina serenidad se ve rápidamente interrumpida por la diva que se lanza de nuevo, ruidosa y sin aliento:

– ¡Ese pervertido tuvo suerte! Al lanzarme sobre él, hice un movimiento demasiado brusco y la parte de arriba de mi bikini salió volando.

– ¡Espero que haya inmortalizado ese momento! se burla el único chico de nuestro grupo.

– Sí, yo también..., sonrío ella insolentemente.

El sol ya está bajo cuando salgo del cacharro de Bonnie y atravieso a pie el portón de la casa. Antes siquiera de atravesar el patio, percibo la estridente voz de Sienna. Acelero el paso, presintiendo urgencia y, una vez que llego al adoquín, miro hacia el mismo lugar que ella, al lado de la puerta doble del garage. Mi sangre se congela. En letras grandes y chorreantes, la inscripción « INCESTO ».

– Trabajé tan duro toda mi vida para llegar a donde estoy, se derrumba mi madrastra. La gente me respeta... me teme...

Se está hablando a sí misma, con la voz temblorosa, mirando con horror los

trazos de pintura. ¿Yo? Estoy muriendo a fuego lento, frente a esta nueva y aterradoramente acusación. Toda la ciudad debe estar pensando lo que está escrito en esa pared...

*¿Tristan lo vio? ¿Se volvió loco?*

– ¿Cómo lograron atravesar el portón? murmuro, como para mí misma.

Estoy en shock. Como en una pesadilla. Sienna se voltea bruscamente y al fin nota mi presencia. Está como poseída. Sus ojos se entrecierran con maldad, su boca se abre grande y me ladra:

– ¡Quita eso de inmediato! ¡No quiero tener que volver a ver ese horror nunca más, así te tome toda la noche! ¡Y te juro que si Tristan y tú complican más la situación, los echo de la casa!

– Eso nos salvaría la vida...

Mi asalto de insolencia no pasa desapercibido. Mi último comentario la pone todavía más furiosa, pero ella prefiere marcharse antes que prolongar este debate. Deja caer mis cosas de la playa al piso, voy a buscar una cubeta de agua, un cepillo y jabón. Regreso al patio y comienzo a frotar la superficie rugosa, hasta cada una de mis falanges esté roja y adolorida. Doy dos pasos hacia atrás, me doy cuenta de que no he llegado ni al final de la primera letra y las lágrimas corren de nuevo, esta vez de frustración. De soledad. De falta de él.

*Tristan, ayúdame...*

Sin más opción, regreso al trabajo, sin sentir su presencia a mis espaldas.

– Un poco más a la derecha, Sawyer...

Su voz grave y seria me espanta. Suelto mi cepillo y me volteo, con los ojos llenos de lágrimas:

– ¿Esto te parece divertido?

Perfectamente inmóvil frente a mí, Tristan me mira fijamente, de una forma extraña. Algo le perturba. Algo además de este inmundo grafiti.

– ¿Por qué lloras, Liv? Dime...

Un peso de una tonelada cae sobre mi pecho.

*¿Será porque desde que me enamoré de ti nada está bien?*

*¿Porque muero de ganas de besar tu boca, tu piel, tu alma, a pesar de todo lo que eso me podría costar?*

– No lo sé. Por eso, miento señalando la pintura con el dedo. Ven a ayudarme.

No dejo de sollozar y mi voz es demasiado aguda como para ser creíble. Pero no puedo confesarle lo que acabo de pensar. Me duele demasiado. Para evitar sostener su mirada - no me cree nada -, recojo el cepillo y me vuelvo a acomodar frente a la pared.

– Lo hice por ti, Liv. Decirle a Craig y a Sienna que fue un error. Para impedir que les dijeras la verdad.

– ¿Pero por qué? ¡Creí que sólo estabas esperando ese momento? digo volteando hacia él.

– Porque no estabas lista.

– ...

– El día en que lo anuncies, quiero que lo hagas con orgullo. No porque tu padre te puso contra la pared.

– *Estoy orgullosa de estar contigo, Tristan. Tengo confianza en nosotros. Sólo tengo miedo... de todo, murmuro.*

– Entonces te enseñaré a ya no tener miedo. Tal vez eso tome tiempo, pero mientras tanto, no huyas de mí, resopla acercándose a mí. Mierda, Liv, quédate conmigo. Tenemos que enfrentar este infierno juntos.

Su voz es tan baja, tan profunda que apenas si la escucho. Sus labios están peligrosamente cerca de los míos, su mano se coloca sobre el cepillo y me obliga a dejarlo caer. De espaldas a la pared, me abandono a este instante de debilidad. Su mirada brillante es un llamado al crimen. Al igual que su seguridad, su cabello despeinado, su boca entreabierta, su respiración cálida, su piel bronceada, su olor embriagante... Entonces mando a callar todas mis voces interiores y lo beso salvajemente. Uno mis labios a los suyos, los pruebo, los devoro y, durante varios segundos, vuelo por los aires. Soy libre. Estoy viva.

Pero nuestro beso se detiene demasiado rápido, con demasiada brusquedad, cuando Tristan retrocede y toma el cepillo. Su gran brazo musculoso se estira y se pone a frotar la pared como un esclavo, sin prestarme atención, a mi respiración caótica y a mi frustración.

Por el contrario, ni siquiera él puede ignorar los gritos de Betty-Sue. Corriendo hacia nosotros desde el portón, la hippie agita los brazos en todos los sentidos:

– ¡Ah, aquí están! exclama. Tenía miedo de encontrarlos encerrados en las mazmorras... ¡¿Pero qué es esa estupidez escrita en la pared?! ¿CESTO ? ¿Qué quiere decir eso? pregunta haciendo como si no entendiera nada.

– ¿Qué es esa playera? se burla Tristan.

Asombrada por su entrada teatral, ni siquiera hacía notado lo que traía puesto. Una playera negra XXL sobre la cual se puede leer, en letras multicolor garabateadas: « Romeo y Julieta también eran inocentes...»

Estallo de risa, abrazo fuerte a mi abuela y me tardo un poco más de lo normal en soltarla. Estúpidas lágrimas.

– Todo estará bien, pequeña, me susurra. Cuando dos personas se aman en verdad, pueden enfrentarlo todo...

Me sobresalto y volteo hacia Tristan, esperando que él no haya escuchado nada. Pero sí lo hizo y justo antes que se vuelva a colocar frente a la pared, creo ver cómo se marca su hoyuelo.

– ¿Mamá Montesco y papá Capuleto no les están haciendo la vida muy pesada?

– Sienna grita todo el tiempo al aire, resume el titán sin dejar de frotar. Craig es más prudente. Sólo observa. Creo que está preocupado por Liv, pero evita ahogarnos con todas las preguntas que tiene.

– ¿Les dijeron toda la verdad?

– Todavía no, digo bajando la mirada. Pronto.

Betty-Sue me contempla con dulzura, adivinando la guerra en mi interior, contra mí misma.

– ¿Y Harry?

– Harry es el más inteligente de todos nosotros, dice su hermano mayor, ahora parado en la punta de los pies. Creo que él comprendió todo desde hace mucho.

Mientras ataca la última letra, su voz es grave, entrecortada por el esfuerzo, y ésta me arrulla en este instante que tanto lo necesito. Me doy cuenta de que casi estoy lista. Que él es más importante para mí que todo lo demás. Mi pequeña vida tranquila, mi imagen, mi orgullo. Tristan merece que pelee por él. Por nosotros.

*¿Pero cómo pelear esta batalla sin herir a mi padre de paso?*

\*\*\*

Craig me habla poco desde el *incidente* del country club. Realmente no es frío, ni está realmente enojado, sólo menos presente. Seguido en la luna. Menos bromista de lo normal. Nada terrible, sólo que lleva tres semanas así. Tres semanas durante las cuales Tristan y yo nos hemos visto a escondidas, para evitarle problemas a todo el mundo, comenzando con nosotros. Pero esto tiene que parar, extraño a mi padre. El secreto me pesa. Esta distancia entre nosotros me parece insoportable.

Es por eso que llego a su oficina un domingo por la tarde, con un slushi verde gigante como pipa de la paz.

– ¡Craig Sawyer, tenemos que hablar!

Mi voz debía ser teatral y firme, pero en realidad resultó aguda y temblorosa.

– ¿Liv? Hoy es tu *day off*...

– No necesito un contrato para venir a pasar tiempo contigo.

– Es bueno saber eso, me sonrío.

Mi corazón se aligera un poco, hago llegar el brebaje químico hasta él, quien toma algunos tragos suspirando de felicidad.

– Te he extrañado, papá.

– No me fui a ninguna parte...

- Sabes lo que quiero decir.
- Sí. Yo también te he extrañado, Oliva verde.

Me siento sobre el sillón frente a él y me pongo a triturar una pobre hoja de papel que se encontraba allí.

- ¿El balance de las dos últimas semanas no es bueno?
- Un poco menos de compradores, nada dramático.
- ¿Es mi culpa? ¿Las personas no quieren hacer negocios contigo por... mí?
- No te atormentes por eso, Liv.
- Lo lamento, papá, murmuro con la garganta cerrada.

Su gran silueta con traje negro se levanta, da una vuelta por la oficina para venir a sentarse justo al lado de mí. Poniendo su inmensa mano sobre la mía - tan pequeña en comparación -, responde en voz baja:

- No necesitas disculparte, pequeña, ya lo hiciste lo suficiente.

La culpa me ataca de nuevo y soy incapaz de contener la confesión que me quema los labios.

- No te dije todo. Acerca de Tristan y yo...
- Ya sé.

Respiración cortada.

- ¿Cómo?
- Ambos son pésimos actores. Simplemente abrí los ojos. Esas cosas se ven, se sienten. Me pregunto cómo pude ignorarlo durante tanto tiempo.
- Por más que luche contra mis sentimientos por él, éstos sólo aumentan... sollozo escondiendo repentinamente mi rostro entre mis manos. Y ya no quiero luchar. Quiero tener el derecho de amarlo...

Los brazos de mi padre me rodean instantáneamente y me aprietan. Ésa es su manera de decirme que siempre estará allí. Sean cuales sean mis decisiones, mis deslices, mis errores. Siempre allí.

- Te amo tanto, Olivia verde, me resopla al oído. Eso no cambiará nunca.
- Si tan sólo todo fuera más simple...

Craig se endereza y me observa, con una tierna sonrisa en los labios.

- No soy un gran sabio, pero no creo que la vida esté hecha para ser simple. A veces, entre más caótica, imprevisible y diferente es, más bella.

Lloro, me seco las lágrimas que corren por mi mejilla y tomo el slushi para tomar un trago. Mi padre no me deja de ver, con su sonrisa fija en los labios. El verdadero Craig está de regreso.

- Toma las mejores decisiones, Liv, eso es todo lo que te puedo aconsejar. Tu vida te pertenece.

*¡Tristan! ¡Elijo a Tristan!*

*No podemos sentirnos culpables de amarnos...*

## 2. Todas las puertas se cierran

– ¡... tu pequeña niña querida...! ¡... siempre ha estado antes que yo...! ¡... incapaz de amar a nadie!

Las palabras de Sienna hacen temblar las paredes de la casa. Todavía. La pareja está en las últimas, agoniza. Desde hace varios días, entre mi padre y mi madrastra hay una guerra declarada. Y si bien Tristan y yo tenemos en parte la responsabilidad por la tensión que reina ahora en la casa, esos dos no pueden decir que nosotros hicimos que se dejaran de amar.

No son ni las 7 de la mañana. Los gritos coléricos de Sienna resuenan desde la planta baja, suben la escalera como una inmensa ola, ensordecedora, y llegan a estrellarse contra la puerta de mi habitación. Salto fuera de mi cama, corro al rellano, con los ojos recién abiertos pero el corazón asustado. Abajo, la única respuesta de mi padre llega hasta mí, con una voz plácida pero firme, casi insensible:

– Habla menos fuerte.

– ¡... toma tus cosas y vete...! ¡Si eso es lo que quieres! ¡Vigliacco! ¡... cobarde...!

Abajo, el nuevo monólogo furioso de mi madrastra llega hasta mí por fragmentos entrecortados por los insultos en italiano que no comprendo, como si ella estuviera demasiado atormentada como para formar frases completas o comprensibles.

Arriba, la puerta de Tristan se abre violentamente. Lo veo salir, con el cabello despeinado y el rostro enfadado. Pasa detrás de mí a toda velocidad con el ceño fruncido y deja a su paso una corriente de aire glacial que me deja la carne de gallina. Se dirige directamente a la habitación de Harrison, deja la puerta abierta y se inclina hacia su hermano. Veo su gran mano grácil pasar suavemente por la cabeza del pequeño. Harry termina por enderezar su pequeño cuerpo frágil, se sienta en su cama y le tiende los brazos a Tristan. Luego ambos se abrazan, se unen.

Con playera y bóxers negros, Tristan me da la espalda. Encima de uno de sus amplios hombros, Harry deja caer su cabeza. Sus ojos azules me miran desde lejos, y veo grandes lágrimas silenciosas rodar por sus mejillas. Mi corazón se estruja.

Después de arrullar a su hermano por algunos minutos, Tristan lo vuelve a acostar y cierra la puerta de su habitación. Su mirada de un azul tórrido se cruza

finalmente con la mía. En ella leo una mezcla de rabia y vulnerabilidad, una llamada de auxilio al igual que una amenaza de explotar en cualquier momento.

– ¡... tus responsabilidades... di merda...! ¡Sé un hombre, Craig...!

– Mierda, ¡¿Quieres callarte?! le grita Tristan a su madre inclinándose peligrosamente sobre el barandal de la escalera. ¡Tienes otro hijo muerto de miedo aquí arriba, por si acaso lo olvidaste!

La voz de Sienna se apaga de inmediato. Y la de Tristan, destrozada, continúa resonando por largo tiempo en el silencio. Se escuchan unos tacones golpeando la duela hasta la entrada, ruidos de bolso y de llaves, luego la puerta de la villa se azota. Mi padre sube lentamente la escalera, con un paso pesado y cansado. No ha llegado hasta arriba antes que Tristan lo ataque:

– ¡Maldita sea! ¿Por qué no la callaste?

– Sé que estás enojado. Pero déjame arreglar esto a mi manera, Tristan. ¿Cómo está Harry?

– ¡Mall! ¡No estás arreglando nada, Craig, la estás dejando controlarte!

Mi padre abre la boca para responder, pero Tristan ya está atrincherado en su habitación, después de azotar la puerta. No pude evitar sobresaltarme.

– Tal vez tengamos que mudarnos, Liv. La situación se está volviendo insoportable para todo el mundo. Tengo que pensar las cosas.

– ¿Qué quiere decir eso...? respondo con una voz temblorosa, insegura.

– No lo sé, me dice suspirando, antes de ir a consolar a Harrison.

Que mi padre me confesara su impotencia me rompe un poco más el corazón. Imagino a Tristan acostado en su cama, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y los ojos buscando una solución en el techo. O tal vez recostado boca abajo, con la cabeza hundida en su almohada para evitar gritar. Tengo unas ganas locas de ir con él, de hacerme lugar para acostarme a su lado, sin hablar. Sólo para que mi cuerpo helado y su coraza glacial produzcan calor, juntos, como bien sabemos hacerlo. En lugar de eso, regreso a mi habitación y me siento en el piso, de espaldas a la puerta. Intentando resolver todas las preguntas que me asaltan.

*¿Mi padre va a separarnos?*

*¿Va a dejar a Sienna de una buena vez por todas?*

*¿Nos mudaremos a nuestra casa anterior aquí, en Key West?*

*¿Piensa regresarme a Francia, lo más lejos posible de Tristan Quinn?*

*¿Podría soportar dejar esta villa, que tanto había odiado cuando me obligaron a mudarme aquí?*

*¿Lograré vivir sin él?*

Una noche, soñé que Sienna tiraba la pared que divide nuestras habitaciones y que en su lugar construía una barrera con alambre de púas mortales. Así, mi castigo era ver a Tristan todo el tiempo, mirarlo dormir, vestirse, desvestirse, escucharlo tocar la guitarra, cantar, llamar por teléfono, refunfuñar contra todo el



mundo. Verlo así de apuesto, fuerte, triste, insoportable, frágil o terriblemente atractivo. Todo eso sin poder acercarme nunca a él.

Mi padre me juró que no le contó a mi madrastra los secretos que le confié. Mis sentimientos por Tristan. Nuestra historia que fue tan importante para mí. Que todavía lo es, más que nunca, a pesar del intrincado nudo en que se ha convertido. No sé si Sienna se creyó la versión de que « Sólo fue un error », pero en vista de las pocas palabras y miradas que intercambia con su marido, podría decir lo mismo de su matrimonio... Un error.

Entre Tristan y yo, todo sigue igual de fuerte, pero nunca había sido tan complicado. El infierno ha comenzado. Cuando estamos solos los dos, me siento fuerte, dispuesta a todo. Nuestros besos robados me vuelven loca de felicidad, loca por él. Las miradas que intercambiamos me hacen creer que todo es posible, que la tempestad terminará por calmarse. Pero en público, mi seguridad se acaba. La maldad de las personas, su crueldad, su indecencia. Los juicios que nos hacen sufrir constantemente me sobrepasan. Me obligan a alejarme de él. Muy a mi pesar. Poco a poco, una montaña se erige entre nosotros dos, cada vez más alta y cada vez más rápido, imposible de atravesar. Y esta distancia entre nosotros me llena de un vacío inmenso que me da vértigo, pero que parece inevitable. Casi merecido. Como si tuviera que pagar. Y sin embargo, no me siento más culpable por amarlo.

¿Entonces por qué me estoy encerrando lentamente? ¿Por qué me apago poco a poco? Es como si quisiera desaparecer, para ya no ser una presa fácil. Al contrario de Tristan, yo soy incapaz de soportar las miradas de los demás. Sus insultos, sus bromas de mal gusto. Los rumores a mis espaldas. Los vistazos furtivos, insistentes, de reprobación o asco. Las familias enteras que voltean a verme cuando paso. Los autos que pasan y me tocan el claxon. Un día, en la tienda, un chico al que conocí vagamente en la escuela me persiguió por los pasillos, con un pepino en la mano, susurrando:

– Sawyer, ¿quieres probarlo? ¿O sólo comes lo de tu propio huerto...?

Le lancé mi botella de leche a la cabeza antes de huir corriendo para que no me viera llorar. La otra vez, fue una antigua profesora a quien me encontré en la calle. Una mujer a la que siempre admiré por su inteligencia y bondad. Estaba acompañando a un grupo, tal vez iban camino a un museo. Al verme, los adolescentes se pusieron a silbar, reír y hacer poses sugestivas gritando « ¡mi hermano, oh sí, mi hermano ». Ella los hizo cambiarse de banqueta y luego me rozó murmurando « Lo lamento », mientras verificaba que nadie la viera dirigiéndome la palabra. Creo que hubiera preferido que me ignorara.

En la biblioteca, cuando fui a sacar unos manuales sobre el derecho inmobiliario para mis clases, alguien metió otro libro en mi montón: *¿Cómo superar el incesto?* En la panadería, me preguntaron si no tenía vergüenza de atreverme a salir después de « eso ». En la agencia inmobiliaria, varios clientes se negaron a ir a

visitar propiedades porque yo sería su guía. Romeo salió a mi rescate. Mi padre me repitió que no era mi culpa y que no debía preocuparme por eso. Pero sé que al menos dos ventas fueron canceladas por causa de la « mala reputación de la Luxury Homes Company ».

Intenté aguantar con todas mis fuerzas. Hasta esta última escena de humillación. En la gasolinera, un tipo de unos treinta años - que tenía un anillo en el anular izquierdo, detalle importante - me ofreció amablemente su ayuda al verme llorar. Creí que esto era una muestra de humanidad. Que era un buen samaritano. La excepción que me regresaría la confianza o, en todo caso, iluminaría mi día. Pero el tipo sonriente terminó por proponerme en voz baja deslizar « su bomba en mi tanque, si me entiendes ». Entendí muy bien, así que subí a mi auto. Y él agregó:

– ¡Si puedes hacerlo con tu hermano, no veo por qué un hombre casado te causaría problemas!

Por poco tuve un accidente al regresar, puesto que las lágrimas inundaban mis ojos y me obstruían la visión. Entonces decidí que no volvería a salir. Nunca más. Ahora me dedicaría a las clases por correo y a los manuales comprados por Internet. Haría el trabajo administrativo de la agencia desde la casa. Bonnie y Fergus estarían invitados a mi habitación. Pasaría algunos días sin mucho ánimo con Harry en el jardín trasero - nunca en el delantero, donde me pueden ver desde la calle. Tendría largas conversaciones con Betty-Sue, sólo por teléfono, y ella me pasaría a sus compañeros de cuatro patas para que escuche los tiernos gruñidos del cerdo y los maullidos de los gatos - que creo que más bien la arañarían y escupirían cuando se acercara a ellos - y finalmente el ruido totalmente inaudible del bebé pelícano pidiendo comida.

*Mi abuela es la única que puede arrancarme una sonrisa.*

– Sawyer, ¿me escuchas?

La voz ahogada de Tristan llega hasta mí, del otro lado de la pared, una noche en que creí que no había nadie en casa. Mi libro se me escapa de las manos y cae al piso, al revés, con las páginas todas dobladas. Ni siquiera lo recojo.

– ¿Alucino o me acabas de lanzar algo a la cara?

– No...

– Entonces me escuchas.

– Sí...

– ¿Sabes qué día es hoy?

– ...

– El 14 de febrero.

– ...

– ¡Es el maldito San Valentín, Sawyer! ¡Hasta Craig y Sienna salieron!

– ¡¿Juntos?!

- No tengo idea. Pero se llevaron a Harry.
- ¿Por qué me dices esto?
- Porque no hemos hablado desde... ¿Desde cuándo?
- Demasiado tiempo..., me murmuro a mí misma.
- No escuché.
- Ya sé...
- ¡No hay nadie en casa y aun así nos estamos hablando a través de esta estúpida pared! se exaspera de nuevo Tristan.
- Ven, murmuro de nuevo, sin atreverme a hablar más fuerte.
- ¿Qué?
- No, nada.
- ¿No me extrañas?

Su pregunta es como una puñalada en el corazón. Pero su voz grave y profunda me llena de un extraño calor. Siento como si cada una de mis células se despertara, reviviera. Pero no quiero creer en lo que escucho. No quiero caer en la trampa. La historia de amor imposible. La esperanza de algo más.

- ¿Qué tiene que ver San Valentín, Quinn? le pregunto suspirando.

- ¡No me importa en lo absoluto esa tonta fecha! Y sé que a ti tampoco. Nunca habríamos salido un día así, si hubiéramos sido libres, en otra vida. ¡Pero justamente, no estamos juntos! No somos libres. ¡Y ni siquiera sé por qué! ¡Y eso me vuelve loco, Liv! Todo lo que tenemos que hacer, es decidir serlo. Ir a tomar una copa, comer algo, como personas normales. Demostrarle a todos esos idiotas que pueden pensar lo que quieran, decir lo que quieran, escribir estupideces en nuestra fachada, pero que nada cambiará lo que pasa aquí. Entre tú y yo.

Aparezco en la puerta de su habitación, imantada por su poderosa voz, tranquilizada por sus certezas, fascinada por la fuerza de su carácter, capaz de todo. Movida por algún sentimiento mucho más fuerte y más grande que yo.

- Te advierto que no me voy a cambiar.

Tristan observa mis shorts de mezclilla todos deshilachados, mi playera simple, blanca con rayas azules, mi cola de caballo medio deshecha, y me sonrío. Y pierdo toda mi seguridad. Él se acerca, con su maldito hoyuelo marcado en su mejilla y una chispa de alegría y de malicia haciendo brillar su mirada orgullosa.

- Entonces, sólo así... dice jalando suavemente mi liga para desamarrar mi cabello.

- Tú y tu espíritu de contradicción, suspiro, divertida.

Él separa mi cabello enredado y luego toma mi rostro entre sus manos antes de besarme.

*Muero de felicidad y de tranquilidad, como si un genial doctor acabara de encontrarle un remedio a mi mal.*

\*\*\*

Algunos minutos más tarde, ambos caminamos lado a lado, a lo largo del camino que lleva al centro de la ciudad. Ignoramos los cláxons y los gritos inaudibles cobardemente lanzados desde las ventanillas abiertas. Pero mi corazón late ya un poco más rápido de lo normal. Al llegar frente al Dirty Club, Tristan me pregunta « ¿Lista? », le respondo que no pero aun así entramos. Él pasa su cálida mano bajo mi cabello para ponerla en mi nuca, como para asegurarme que está ahí, que puede protegerme. Escoge una mesa cerca de la pared, se sienta frente a la multitud y me deja el lugar « fácil », el que no me obligará a enfrentar todas las miradas. Luego Tristan se inclina para decirme, por encima de la música que está demasiado fuerte:

– ¿Hubieras imaginado que tantos imbéciles saldrían en San Valentín? Hasta los chicos más populares. Y los más rudos.

– Siento que toda la ciudad está aquí.

– Eso es lo que queríamos, ¿no? ¡Enseñarles a todos!

– ¡Te lo suplico, no me beses!

– OK, primero te emborracharé.

Su sonrisa de niño travieso despierta automáticamente la mía. Él me abandona por un minuto para ir a la barra, después de susurrarme « No estaré lejos ». Es la primera vez en mi vida que odio tanto la soledad. Que ésta me parece tan peligrosa. Luego Tristan regresa con dos cervezas, se sienta sobre su silla y me extiende su copa para brindar. Me parece demasiado apuesto con su playera gris oscuro. Con su rostro que respira la audacia y la provocación, su lenguaje corporal que evoca más bien una indolencia sexy y al mismo tiempo inamovible.

– Lo estamos pasando bien, ¿no?

– No lo sé. ¿Cuántos están haciendo gestos obscenos a mis espaldas?

– Sólo tres o cuatro, dice sonriéndole a alguien detrás de mí, antes de mostrarle su dedo medio.

– ¿Por qué nos castigamos así?

– ¡Porque no estamos haciendo nada malo! ¡Sólo estamos tomando una cerveza en un bar! ¡Y los estamos molestando, Liv!

– ¡Están enfermos! grita alguien de repente desde el fondo del lugar.

– ¿Nos vamos? propongo después de eso.

– No, terminarán por cansarse.

– Los Key Why son cinco, ¿no podías escoger a otro miembro, Sawyer? me agrede una voz femenina.

– No voltees, ignórala, me resopla Tristan entre dientes.

– ¡Yo sí tenía derecho de acostarme con él, tú no! grita otra fan molesta.

– ¡Lástima por ti, Kayla! le responde alzando los hombros.

– ¡Bola de tarados!

– ¡Me dan asco!

Los insultos se multiplican detrás de mí, al infinito. Los gritos aumentan, un poco más fuertes, un poco más agudos y más excitados. Los silbidos y los abucheos se propagan como un rastro de pólvora y me taladran los tímpanos. Es interesante cómo el ser humano ama el efecto de la muchedumbre, cómo necesita del apoyo de los demás para ponerse a ladrar por su parte, cómo se lanza con todo al primer campo de batalla sangriento que encuentra. Bastó con que uno solo de esos salvajes se lanzara para que todos los demás encontraran valor de repente. Mi corazón se acelera y los oídos me zumban. Tristan termina por levantarse, tirando la mesa y nuestras cervezas de paso, y grita hacia el techo:

– ¡¿Cuál es su maldito problema?! ¡Que uno de ustedes venga a decírmelo a la cara!

Aprieta los puños, eructa, y mi primer reflejo es ir a detenerlo. Pongo mis manos alrededor de su cintura, pegada a su espalda, lo jalo hacia mí suplicando que se detenga, que salgamos de allí. Luego es el gerente del Dirty Club quien llega a interponerse entre Tristan y nuestros adversarios, pidiéndonos que salgamos de su bar antes que las cosas empeoren. De paso, el encargado huraño me dice que sabe bien que no tengo 21 años, que no debería tomar alcohol y que más me vale irme pronto. Este nuevo ataque termina con mis últimas fuerzas. El cuerpo musculoso y encolerizado de Tristan se me escapa y me lanzo a la salida, muerta de vergüenza, de angustia y de calor. La puerta se azota detrás de mí. El escándalo por fin se detiene. Sigo corriendo en la calle, dejo que el viento fresco de la noche me golpee en las mejillas, tranquilice mi sangre hirviente. Y la adrenalina que corre por mis venas me impide llorar por ahora, o simplemente pensar.

– ¡Otra vez estás huyendo, Sawyer! ¿Por qué huyes de mí?

La voz desgañitada de Tristan atraviesa la noche. Me detengo en seco y él me alcanza sobre la banqueta. Luego se separa, camina hacia atrás por el camino, mientras toma el cuello de su playera y jala la tela, como si le costara trabajo respirar. Su cabello está despeinado, sus rasgos están tensos. Y verlo así de herido me rompe el corazón. Pero menos que las palabras que pronuncia, con un tono de desesperación:

– ¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué no los enfrentas conmigo?

– No puedo... No soy tan fuerte como tú.

– ¡Pero quiero ayudarte! ¡Estar aquí para ti! Protegerte de todos esos imbéciles. Quiero ser tu hombro, tu impulso, tu armadura, ¡todo lo que necesites! ¡Sólo juntos somos más fuertes que ellos!

– Lo intentamos, Tristan. Vine contigo. Jugamos a la pareja a la que no le importa nada, que está por encima de ellos, pero no funcionó. No se detendrán hasta destruirnos.

– ¡Y tú ni siquiera nos defiendes! ¡En cuanto las cosas se complican, corres!  
Me dejas peleando solo, por los dos, como si...

– ¿Como si qué?

– ¡Como si no te importara!

– No estás pensando lo que dices...

Mis ojos lo desafían a demostrarme lo contrario. Sostengo su mirada, por primera vez. Ignoro las lágrimas que fluyen bajo mis párpados y lo sigo mirando. Pero sus pupilas azules y brillantes se desvían. Barren por un momento el asfalto entre nosotros.

– Sí, Liv, resopla con una voz casi apagada. Yo siempre te pongo a ti antes que a mí. Tú sólo te proteges. Te salvas a ti antes que a nosotros. La opinión de los demás, tu imagen, todos tus miedos... eso vale más que lo nuestro.

Tristan marca una pausa, suelta su playera arrugada y dirige los ojos al cielo azul marino. Sigo tontamente su movimiento, como si la solución se encontrara allá arriba. Como si pudiera mantener nuestra unión simplemente mirando la misma estúpida estrella que él. Pero termina por decir en un suspiro:

– Fui tan idiota... en creer que tú eras diferente. ¡Que nosotros éramos diferentes, mejores que los demás! Que había encontrado a mi otro yo. Mierda, ¿cómo pude creer en esas idioteces de las almas gemelas?

Él mantiene la cabeza hacia atrás. No sé si está llorando o sonriendo de esa forma amarga que tanto odio. Ya no veo más que su manzana de Adán atravesando su piel. Como una estocada que me llega directo al corazón.

Luego Tristan se voltea. Su cuerpo fornido se marcha, en medio del camino. Clava sus dos puños apretados en sus bolsillos. Su andar lento, grácil e indolente lo lleva lejos de mí. Su imagen se vuelve borrosa, ahogada bajo mis lágrimas.

*¿Acaso acabo de perderlo?*

*¿Para siempre?*

### 3. ¡Se acabó!

Se terminó. Ya no lloraré. Voy a recuperar a Tristan Quinn, he dicho. Esto no se puede terminar así. Él estaba enojado y yo agotada. No estábamos siendo nosotros mismos. Esa escena en el bar y luego en medio del camino no fue más que una pesadilla. Un error, tanto estúpido como trágico. Pero arreglaré todo esto. Es mi nuevo reto, mi leitmotiv, el desafío más hermoso. Y estoy lista para cumplirlo. Yo, Liv Sawyer. Utilizando mis ventajas y mis cualidades, aquéllas que estuve a punto de olvidar: mi testarudez, mi poder de persuasión, mi astucia para salir de las peores situaciones - y no soy yo quien lo dice, sino mi padre.

*Y no, no me veo como una tonta repitiéndome todo eso frente al espejo del baño.*

Antes, hace apenas algunos meses, era una chica un poco dura, fría, solitaria y hombruna que decía groserías, lanzaba cosas y desafiaba a las personas, No tenía muchos amigos, y mucho menos enamorados - la simple idea de eso me parecía extraña -, pero al menos, las personas me respetaban. O más bien me ignoraba y eso me parecía bien. Así que lo he decidido, no pienso transformarme en una de esas lloronas, que se deja atacar sin reaccionar, que tiene miedo de todo, cede ante la menor presión externa, desvía la mirada cuando la ven de soslayo, se deprime porque su chico se ha ido y llora al pensar en todo lo que debió haber dicho y hecho.

*Repito después de mí: « ¡Se acabaron esas estupideces! ¡ A-CA-BA-RON! »*

Sólo que al parecer, soy la única en este estado. Y para perdonarse, olvidar todo y volver a comenzar, es mejor que sean dos. Desde hace dos días, siento como si Tristan fuera un fantasma que vive conmigo. Me ignora con todas sus fuerzas. Se cruza conmigo sin voltear siquiera a verme. Y huye de la casa cada que puede y por el mayor tiempo posible. Debo aprovechar cada oportunidad cuando está aquí, en el mismo lugar que yo, para intentar acercarme. Primero tímidamente y luego más jovial. A veces hasta exasperante. Pero quiero intentarlo todo.

En el desayuno, le echo una buena dosis de sal a su taza. Pero eso ni siquiera lo hace sonreír. Se conforma con vaciar el café en el fregadero e irse. En la cena, imito perfectamente a Sienna, con los puños sobre las caderas y la boca apretada, como si estuviera molesta por un detalle insignificante. Harry estalla de risa, pero Tristan deja la mesa de inmediato, suspirando ruidosamente, como si ahora fuéramos dos arruinándole la vida. Una noche, le robo la guitarra y la llevo a mi habitación. Me recargo en nuestra pared compartida, me pongo a tocar, como puedo, canturreando una balada de la cual invento la letra al vuelo. Y escucho la

reacción de mi vecino, esperando haberlo conmovido. Lo único que obtengo, es que salga de su habitación, baje las escaleras, se ponga los tenis y azote la puerta de salida. Ni siquiera llega a dormir. Al día siguiente, y varios días después, ni un solo sonido sale de su boca. Sigue sin haber ni la más mínima emoción en su mirada. Ninguna expresión parece animar su bello rostro. Y esta indiferencia me vuelve loca. Ya pasaron no dos días, sino dos semanas.

*¿Cómo le hace para aguantar? ¿Eso quiere decir que realmente no siente nada? ¿Que no tengo ningún efecto en él? ¿O sólo que es demasiado orgulloso como para enternecerse? ¿Demasiado testarudo como para ceder? ¿O sólo lo suficientemente buen actor para no demostrar nada?*

Sólo hay una forma de saberlo. Una noche, cuando todos en la casa están dormidos, entro de puntillas a su habitación. Vestida como le gusta, con un shorty que deja mis piernas desnudas, una playera sin sostén y mi cabello suelto y sacudido para darle un aspecto salvaje, desordenado. La lámpara de su buró está encendida, puedo ver que está despierto. Me planto frente a él, pero no obtengo ninguna reacción. Me deslizo dentro de su cama, al lado de su cuerpo indolentemente extendido, pero que se tensa de inmediato. Él observa el techo, sin perturbarse. Entonces cruzo la última barrera, entro bajo las sábanas para acurrucarme contra él, sentir su piel, deslizar mi brazo helado alrededor de su cuerpo caliente, hundir mi rostro en su cuello que tanto extrañé.

Creo percibir una vacilación de su parte. Sus pectorales se elevan como si estuvieran buscando aire. Su nariz roza mi cabello y me respira. Su puño apretado se relaja, como si la idea de tocarme lo carcomiera. Pero renuncia. Me empuja suavemente y se sienta en su cama, antes de murmurarme:

– No puedes hacer esto, Liv. O más bien no has comprendido. Esto no es lo que quiero. Bueno, no digo que no lo quiera. Pero... provocarme cuando nadie nos ve. Venir aquí en secreto. Intentar hacerme reír a espaldas de Sienna. Y jugar este jueguito clandestino. Eso es todo lo que me vuelve loco. Me peleé bastante contra esto, contra ti, pero ya no quiero. Lo único que quiero es dejar de tener que esconderme. Eso es todo.

Él suspira de nuevo y su aliento cálido y poderoso levanta ligeramente mi cabello. Luego deja lentamente su habitación. Lo sigo sin moverme, simplemente escuchando sus pasos: pasillo, escaleras, biblioteca de la planta baja, puerta cerrada. Se va dormir en ese sillón, aquél donde hicimos el amor por primera vez, y me pregunto si esta elección es perfectamente inocente. Me encuentro sola, sentada en su cama, en su universo. Todavía puedo escuchar su voz ahogada que me hace estremecer, oler esa mezcla de detergente y de su perfume un poco pasado, entrever la ínfima sonrisa que no pudo contener cuando confesó « No digo que no lo quiera ».

Al menos, me habló. Me explicó. No cerró la puerta totalmente. Me rechazó



pero, por primera vez, eso pareció costarle trabajo. Y si « ya no tiene ganas », tal vez pueda volver a dárselas...

En este principio del mes de marzo, la mayoría de los estudiantes han dejado Key West para pasar su *spring break* en Fort Lauderdale, en Florida, donde todo es mucho menos caro que aquí. Es la semana de todas las locuras. Fergus y Bonnie no se perderían eso por nada en el mundo. Drake, Elijah, Cory y Jackson tampoco. El único Key Why que decidió pasar fue Tristan. Y casi hasta me siento tranquila de que no haya aprovechado esta oportunidad para ir a despejarse con sus amigos en la carretera. O con alguna chica en bikini que le susurrara al oído: « ¿Cómo se llama la idiota que no te quiso? ¡Ven aquí, haré que te olvides de ella! »

– ¿Alguno de ustedes dos puede cuidar hoy a Harrison? nos pregunta Sienna una mañana. Monica acaba de plantarme.

– Erica, murmuro frente a mi taza de café. La niñera se llama Erica.

– ¿Y qué tiene que ver su nombre con mi problema, Liv?

Mi madrastra está de pésimo humor. Siempre ha sido así, pero desde lo que pasó en el country club, todo ha empeorado. Dudo en salir corriendo. Tristan permanece en silencio, al otro lado de la barra, pero veo su mordida tensarse ante el sonido de la voz acelerada de su madre. El pequeño, por su parte, se toma su biberón de chocolate sobre el sillón de la sala, observándonos a los tres.

– Puedo llevarlo a la playa esta mañana, propongo. La playa de los perros, ¿quieres ir, Harry?

– ¿Para que lo muerdan y le desfiguren la cara? se indigna Siena, con la boca y los ojos abiertos en grande.

– Eso siempre será mejor que enmohecerse aquí con su camisa bien planchada y su corte de cabello bien acomodado, interviene Tristan.

– *¿Una manera de volar en mi auxilio? ¿O sólo para hacer callar a su madre?*

– Gracias por tu cinismo. ¡Si tienes una actividad y segura que proponer, te escuchamos!

– Puedes irte, mamá, nos las arreglaremos muy bien sin ti.

La voz exasperada de Tristan y su actitud indolente comienzan a enojar a mi madrastra. Ésta se controla para no gritar, toma su bolso, su celular y sus llaves, luego nos dice desde la entrada, con su tono falsamente jovial:

– Su hermano no sale de aquí sin mi autorización, fin de la discusión. Por el resto, dejo que se organicen entre ustedes. ¡Hasta luego, Harry querido!

La puerta se azota. El auto se enciende. Los suspiros resuenan al unísono en la cocina. Una mezcla de alivio para Tristan y para mí, desde que la presencia tóxica de Sienna dejó la casa, y de un cuchillo enterrado cuando pronunció « su hermano ».

– Puedes irte a hacer lo que quieras, yo me ocupo de él, dice el hermano mayor antes de levantarse.

- ¡No, los dos! exclama el pequeño corriendo en la cocina.
- ¿No quieres probar la patineta que te compré?
- ¡Sí, con Liv!
- OK, entonces los dejo. ¡Diviértanse mucho!
- ¡No, ven con nosotros!
- Mierda, gruñe en voz baja.
- Su terquedad me recuerda a alguien..., resoplo como si nada.

Tristan me da la espalda para que no lo vea sonriendo. Pero su hoyuelo lo traiciona. Él se agacha para cargar al pequeño y nos vamos los tres. Mi clase de « administración y transacción inmobiliaria » puede esperar. Miles de hormigas de emoción me recorren ante la simple idea de pasar un momento con *él*, aun cuando sea un niño de 3 años quien lo acaba de obligar a hacerlo. Una vez que Harry está equipado con su casco y sus rodilleras, el patio en la entrada de la villa se transforma en pista de patinaje. El astuto pequeño nos pide que ambos le demos la mano y corramos para hacerlo avanzar. No se cansa. Como todo un jefe, nos grita « ¡más lápido! », « ¡menos lápido! », « ¡otla vez! », « ¡ponte allí! », « ¡empuja! », « ¡no, tú no! ». Luego finge caerse para que tengamos que recogerlo los dos. Y nos coloca estratégicamente en círculo o en cadena humana para obligarnos a tocarnos. Y extrañamente, ni Tristan ni yo nos resistimos al mini tirano.

- Es mejor cuando se parece a mí y no a su madre, ¿no? me susurra el mayor.

- Sin duda.

Tristan se calla, como si se arrepintiera de haber bajado la guardia para hacerme esa broma. Intento continuar con la conversación para que no tenga tiempo de pensar, de controlarse, de perder su espontaneidad.

- Es mejor cuando nos hablamos y no nos hacemos caras, ¿no?

- Hmm... Joker.

- ¡Hagan un puente y yo paso por debajo! nos ordena de nuevo Harry.

Levanto los brazos encima de la cabeza, Tristan me imita pero nuestras manos se quedan suspendidas en el aire, a algunos centímetros de distancia, sin tocarse. Nuestras miradas se entremezclan.

- ¡Así no, un puente de verdad! gruñe Harrison. ¡Esperen, voy para allá! ¡Quédense así! No pueden moverse.

El pequeño - que cada vez pronuncia mejor las « r » - llega hasta el final del patio, con su patineta bajo el brazo. Y el mayor me sonrío, a la vez incómodo, divertido y curioso por saber hasta dónde puede llegar todo esto. Acercó mis manos a las suyas hasta que nuestras pieles se rozan.

- Se está haciendo tan testarudo como tú y tan autoritaria como ella... ¡e igual de determinado que yo! digo sonriendo.

- ¿Eso qué quiere decir?

- Sabe cómo obtener lo que quiere...
- ¿Y según tú, qué es lo que quiere?
- Lo mismo que yo.

Entrelazo mis dedos con los de Tristan. Él me deja hacerlo. Reduzco la distancia entre nosotros, lentamente, y Harry parece no saber qué decir frente a este puente que se vuelve más estrecho. Frente a mí, Tristan se muerde furtivamente el labio. Muero de ganas de besarlo. Y creo que es recíproco. Sus ojos azules se clavan en mi boca, su pecho se eleva un poco más rápido. Hace un calor infernal.

- ¿Qué diablos están haciendo? nos asusta la voz demasiado aguda de Sienna.

*¡¡¡Mierda, mierda, mierda, mierda!!!*

- Estamos jugando con Harry, no tienes por qué gritar, le responde Tristan soltándome las manos.

- ¡Espero que esto no sea lo que creo! ladra fusilándonos con la mirada, uno a la vez. ¡Olvidé mi agenda! ¡Pudieron habérmelo dicho cuando me fui!

Mi madrastra entra a la villa, destruyendo todo a su paso. Nuestro bello silencio. Nuestro acercamiento. La dulce serenidad que reinaba en el lugar. Y hasta el juego de Harrison, que se pone a llorar.

- ¡Pero debo pasar debajo del puente!

- ¡El patinaje es peligroso! lo regaña Sienna volviendo a salir, con su agenda bajo el brazo. ¡Ya te dije que eres demasiado pequeño! ¡Si te caes, te vas a lastimar el mentón! ¡Y deberías ponerte otra ropa cuando juegas afuera, no ésa!

El pequeño observa minuciosamente su camiseta con pequeños cuadros azules, sus bermudas beige sucias en las rodillas, y sus grandes ojos azules se ponen a brillar por las lágrimas que retiene.

- ¡No es tan grave, Harry! De todas formas, fue una mala idea.

Tristan llega hasta su hermano, lo sube a sus hombros y ahora son los dos chicos quienes desaparecen en la casa.

*¡Fue la mejor idea del mundo! ¡Váyanse todos al diablo!*

Verifico que mi celular sigue en mi bolsillo, me deslizo detrás del portón y dejo a Sienna sola, justo en medio del patio. Me voy corriendo y rogando en voz alta que se tropiece con la patineta y se lastime el mentón, se rompa ambos tobillos, destruya su vestido de diseñador y se rompa las cuerdas vocales al lanzar un grito de histeria.

Veinte minutos y seis mensajes más tarde, Bonnie llega conmigo a la playa de los perros, con un vago chongo de trenzas entremezcladas en lo alto de la cabeza y unos lentes de sol enormes que le tapan todo el rostro. Siento que no descansó mucho en su *spring break*.

- ¡Acabo de regresar hace apenas una hora y llevo seis días sin dormir, así

que más te vale que sea algo importante!

- Es un caso de urgencia extrema.
- Te escucho, Porcelana.
- Necesito uno de tus planes maquiavélicos...
- OK, esto me interesa.
- Para recuperar a ya sabes quién.
- ¿Tristan Quinn?
- ¡No, Fergus O'Reilly! ¡Claro que estoy hablando de Tristan! ¿De quién

más?

Bonnie hace caer sus lentes sobre su nariz, levanta la ceja en forma de interrogación y luego vuelve a subir su espeso armazón negro con la punta del dedo. Para nada teatral.

- Nunca más menciones ese nombre irlandés frente a mí. Vomité en mis zapatos cuando yo estaba a punto de cerrar el trato con un negro apuesto, justo frente a Drake. ¡Ése hubiera sido mi momento de gloria, Liv! La venganza suprema. En fin, tengo el plan perfecto para ti.

- Cuéntame...
- Implantes mamarios. Copa C o D, mínimo.
- ¡Bonnie!
- Bueno, está bien, menos caro: ¿no quieres agarrarte a uno de los Key Why frente a él? No a Drake, obviamente. Pero te quedan otros tres.
- El objetivo es *recuperar* a Tristan. No hacerlo huir definitivamente.
- Aun así, Elijah no está nada mal... Además, tenemos las mismas trenzas. Creo que estoy en mi fase « Black Power ». ¿Por qué decidí enamorarme de un blanco que no comprende mi belleza africana?

Sobre la arena, Bonnie se arrodilla y se pone a sacudir las nalgas más como si estuviera en un trance que danzando sensualmente.

- ¡Focus, Beyoncé!

Mientras que ella se derrumba al lado de mí y recobra el aliento, le cuento mis intentos fallidos de acercarme a él. Mis pequeñas provocaciones en las que Tristan no cayó. Su discurso cuando entré en su cama a media noche. hartazgo. Luego le hablo acerca de nuestro acercamiento arruinado por Sienna, antes de declarar que eso de todas formas era « una mala idea ».

- OK, creo que te estás esforzando demasiado. Pareces yo cuando estoy desesperada. ¡No, más bien yo todo el tiempo! Pero tú no eres así normalmente. Tristan dice que ya no tiene ganas de luchar, ¡pero eso es lo que más le gusta de ti! La dificultad. El desafío permanente. Ahora, sabe que sólo tiene que chasquear los dedos para hacerte volver. ¿Por qué no te das a desear? ¡Hazte la indiferente! ¡Deja de pestañearle y de alisar tu bella cabellera rubia cada vez que se te acerca!

- ¡¿Quieres que me rasure la cabeza?!

– ¡¿Sabes que te puedo trenzar todo eso cuando quieras?! ¡No, tiene que extrañarte, Liv! Tienes que hacerlo languidecer. Que se estrese un poco, que se pregunte cómo y con quién te estás consolando. Hasta que se esté muriendo por verte.

– ¿Eso crees? También dice que ya está harto de verme huir...

– No, está harto de que tengan que esconderse, que regreses a la carga sin asumir las consecuencias. Pero jamás dijo que no quería nada en absoluto. Quiere verte tomar una decisión de verdad. Es simple: vete y asume tu decisión. ¡Quédate un tiempo en mi casa!

– Adoro a tu familia, Bonnie... ¡Pero ya son doce!

– Sólo somos siete, pero sí, estaremos apretados. ¡Entonces ve a visitar a tu madre por un tiempo! En el mejor de los casos, te encontrarás a un apuesto parisino que te haga olvidar a Tristan instantáneamente. ¿Hay negros en París?

– Sí. Pero estás divagando otra vez... ¡Tengo un trabajo aquí!

– ¡Ah ya sé! ¡Tu abuela! ¡Vete a vivir con ella! Ustedes se llevan muy bien. ¡Ella te dará ánimos! Podrás seguir trabajando en la agencia de tu padre y permanecer al tanto de lo que sucede en tu casa. Y si todo se va al diablo, estoy segura de que tendrá algo para que fumes o inhales y te sientas mejor.

– ¡Prometo que te compartiré de lo que me dé!

Le doy un beso a mi mejor amiga en la mejilla, sonoro y digno de mi abuela. No sé si esta solución tendrá el efecto que espero en Tristan. Pero ya no tengo nada que perder. Dije que iba a intentarlo todo. Esta idea de la última oportunidad es también mi manera de pelear por él.

Saco de inmediato mi celular para escribir un mensaje:

[Betty-Sue, ¿quieres adoptarme? Liv]

Su respuesta me llega al menos quince minutos más tarde, llena de letras y de signos extraños, con pocos espacios y puntos de sobra.

[Recibo a TODOS. Los animales de estaciudad, Claro que puedo. ¡Recibir a mi pequeña! #Nos vamos a divertir como locas ++]

[Y te enseñaré a escribir mensajes normales. :) ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Llego esta tarde!]

## 4. Bésame si te atreves

– Siempre es lo mismo, farfulla Betty-Sue. ¡Maldito concurso de pesca! Voy a amañarles sus anzuelos... ¿Me escuchas, Liv?

– ¿Hmm...?

– Los hombres son unos cobardes... Ensañarse con una criatura, por más pequeña que ésta sea, es asqueroso. ¡Y además, sólo es para divertirse! ¡Con peces! ¿Has visto seres más inocentes que ellos?

Está a punto de imitar a Nemo para que vea a lo que se refiere. Mi abuela lleva una hora repitiendo lo mismo. Cada año, a mediados de abril, el Key West Fishing Tournament reúne a los pescadores amateurs o renombrados de la ciudad. Éstos exponen sus más bellas presas y los más afortunados ganan premios totalmente inútiles. Los peces multicolor en mal estado a veces son liberados en el agua y a veces no. Y en ambos casos, Betty-Sue no esconde su enojo - palabra extremadamente educada a comparación de las que salen de su boca.

Sentada en la vieja mesa de madera cuya pintura amarilla se cae, me tomo mi tercera taza de café e intento concentrarme en mis notas de derecho inmobiliario. Esto no es fácil cuando el tornado « Green Peace » arrasa con todo en la casa. Sobre la mesa, dos gatos están acurrucados detrás de mi computadora, mientras que Lulu, el gran perro blanco con ojos azules, se durmió sobre mis pies.

Paso al capítulo siguiente, Betty-Sue continúa con sus idas y venidas en su vestido naranja fosforescente, preparando su plan de acción:

– ¡Iré a la zona de pesca y haré un alboroto terrible para que todos los peces huyan!

Marca una pausa. Corta. Demasiado corta.

– Vaya, ¿recuerdas que tu padre viene a cenar esta noche? Intentaré convencerlo de quedarse. Por siempre.

Le sonrío a mi abuela, perfectamente consciente de su plan maquiavélico. Desde que llegué a su casa, decretó que su próxima misión consistiría en liberar a mi padre de las garras de Sienna Lombardi. Como si él fuera su víctima.

– ¡Lo está drogando! vuelve a comenzar ella. ¡No le veo otra explicación!

– Es complicado. Hoy en día parecen odiarse, pero papá realmente la amó.

– ¿Cuándo?

– Muy al principio.

Su mueca escéptica me hace reír.

– Probablemente quiere hacer las cosas con dulzura, tenemos que respetar

su...

– ¿Con dulzura? ¿Te parece muy dulce, *ella* ?

– No, suspiro pensando en nuestros últimos encuentros. ¡Pero papá no está secuestrado, hasta donde yo sé!

*Aunque...*

– Aun así, no tiene lógica, murmura mi abuela tomando su bolso de mimbre.

– ¿Cómo?

– El hecho de que él siga allí, aun cuando ya no se aman. Y que tú estés aquí, mientras...

– Ya sé... digo bajando la mirada.

*... mientras que estoy perdidamente enamorada de Tristan.*

La puerta se cierra detrás de ella, dejándome contemplar plenamente el silencio que me rodea. Y la falta de él que me asfixia. Contrariada, cierro mi computadora y tomo mi teléfono. Su último mensaje es de hace dos días. Al recibirlo, creí morir de alegría, de emoción, de alivio. Pero al leerlo...

[Mensaje de Harry: te manda « mucho calíño », te extraña, y Alfred también.]

No le respondí, sin saber cómo interpretarlo. ¿Un simple pretexto para conversar o una verdadera respuesta esperada por Harry? ¿Prueba de que también el hermano mayor me extraña o, que al contrario, sobrevive perfectamente sin mí? Lo único que sé, es que mi corazón se acelera demasiado cada vez que el nombre « Tristan » aparece en mi pantalla. Y que se estruja dolorosamente cuando su tono es frío, distante.

El plan que había imaginado con esmero junto con Bonnie hace tres semanas parecía simple. Dejar la villa, nuestra pared compartida, alejarme para que no tuviera otra opción más que regresar. Para que se diera cuenta de la fuerza de nuestro vínculo.

*Todavía creo en eso...*

*Tonto (adj.) Dicho de una persona: Falta o escasa de entendimiento o de razón.*

\*\*\*

– ¿Pintarme el cabello? ¿Quieres que toda mi familia me desconozca?

Fergus corre hacia la cocina para escapar de mí, con sus manos protegiendo su melena roja.

– ¡Bueno, entonces sólo un mechón! le propongo alcanzándolo en la alacena.

– ¡Liv, si te importa nuestra amistad, deja esas tijeras!

Lo obedezco riendo, tomo una barra de cereal y le ofrezco la mitad.

– Bueno, imagino que si te visto de cuero de los pies a la cabeza, será

suficiente...

- Soy transparente, Liv, nadie me notará.
- Deja de decir eso, digo dándole un beso. Yo te noto.
- Ya sé... ¡Es justo por eso que acepto seguirte en todos tus planes dementes!
- ¡A las personas les encanta disfrazarse!
- Yo no soy como todas las personas.
- No, eso es cierto. Tú eres muy superior.
- Sigue así y puede ser que te deje raparme... sonrío saliendo del armario.

Media hora más tarde, dos extraños vestidos de forma rara nos observan en el espejo. Un chico con playera de tirantes y jeans holgados, con un gorro al revés sobre la cabeza. Una chica con demasiado maquillaje, castaña con corte cuadrado - Betty-Sue tuvo su época de pelucas... sintéticas - y un vestido hippie demasiado amplio para ella.

- ¿Me recuerdas por qué nos estamos humillando así?

Fergus suspira jalando su « playera de rapero has been », como él la llama. Maldice también a Bonnie por estar clavada a su cama, agripada.

- Necesito verlo... resoplo. Pero no debe reconocerme.

- ¿En verdad crees que valga la pena disfrazarse? ¡Habrá al menos quinientas personas en ese bar! ¡Y Tristan estará en el escenario, demasiado ocupado como para buscarte entre la multitud!

- Uno nunca sabe...

- ¿Y puedes recordarme por qué no quieres que te vea? ¿De qué sirve jugar a las escondidas? No entiendo por qué no están juntos...

- Quería que viniera a buscarme, murmuro poniéndome mis Converse. Creí que lo haría, pero no lo ha hecho. Y si corro detrás de él, me huirá.

- ¿Entonces?

- ¡Entonces lo extraño demasiado, así que hago lo que puedo!

*Que resulta ser hacerme pasar por otra, sólo para tener la oportunidad de admirarlo sobre el escenario por algunos minutos.*

*Patético. O desesperado. O un poco de ambas.*

- Esto te hará más daño que bien, Liv...

- Eso te lo diré después.

La fachada del pequeño bar frente al mar está iluminada por focos de colores, sus lindas mesas rojas desbordan de parejas enamoradas o en camino a estarlo. Nadie me voltea a ver mientras que Fergus, por su parte, hace nacer algunas sonrisas a su paso. Tomo a mi mejor amigo de la mano y lo llevo al interior. El ambiente cambia totalmente. Todo es más sombrío. Hace un calor atroz. El aire no circula. La voz de Tristan, al micrófono, me atraviesa. Me recargo sobre la barra que está pegada a la entrada y no le quito la mirada de encima.

Había olvidado hasta qué grado una sola persona puede afectarte.



Todo vestido de negro, el líder de los Key Why canta con los ojos cerrados y el cuerpo tenso, cargado de emociones. Cuando Tristan resopla con una voz grave *I want you back*, espero que esté hablando de mí. Logro comprenderlo mejor que nadie. Capto el sentimiento que lo inunda, que lo acecha, que lo tortura.

*Me extraña.*

Entonces, sin pensarlo dos veces, me apoyo en los hombros de Fergus, estoy a punto de caerme, pero me subo a la barra. Me arranco la peluca y mi cabello cae en cascada sobre mis hombros. Abajo, el barman con una actitud muy preocupada me pide que me baje sin insistir demasiado, y lo ignoro. Frente al escenario, lo observo, obstinadamente, hasta que la mirada brillante de Tristan se cruza finalmente con la mía. Y el tiempo se detiene.

*Esa sonrisa... Ese rostro... Los extrañé tanto.*

El rockstar continúa cantando, pero está fuera de sí. Sus fans creen que está con ellas, pero está conmigo. Sólo conmigo. Sus ojos siguen clavados en mí hasta la última nota, hasta el último *I want you back*. Todo tiene nuevamente sentido. Me siento yo misma. Mi cuerpo se despierta, funciona de nuevo.

La canción llega a su fin, Drake anuncia una pausa de diez minutos mientras que Tristan se baja del escenario. Un poco enloquecida, sin saber a dónde va, bajo de mi torre de control con la ayuda del barman.

– Ya regreso, Fergie.

Mi mejor amigo ni siquiera me escucha, hechizado por la pelirroja que acaba de abordarlo. Atravieso la multitud buscando a Tristan, sin encontrarlo. Pregunto por todos lados, las personas me indican el camino hasta la sala de al lado. Ignoraba que un bar tan pequeño pudiera tener dos salas. Pero no importa, me abro camino. Vine por él. Me vio. Me sonrió.

*Estoy lista. ¡De verdad!*

Continúo abriéndome paso con los codos, sin saber realmente a dónde voy. De pronto lo percibo, rodeado de sus músicos y de desconocidos, con una cerveza en la mano.

– ¡Tristan!

No reconozco mi propia voz. Su nombre salió de mi garganta de forma imprevisible, violenta, cruda. Sus amplios hombros se enderezan, sus pupilas azules se clavan en las mías, pero permanece inmóvil. O casi. Interrumpiendo su conversación, da un paso hacia mí. Uno solo. Sin ninguna hostilidad, me hace comprender que me toca a mí recorrer el resto del camino. Entonces avanzo, dejando que mis piernas me transporten hasta él. Hasta lo prohibido. Muero de ganas de encontrarlo, de tocarlo, e oler su aroma, entonces acelero el paso. Entre más lo miro, más bello me parece. Y todo su lenguaje corporal me murmura « Bésame si te atreves... ».

*¿Cómo no besarte?*

Mis labios chocan contra los suyos y lo beso como nunca antes había besado a nadie. Ni siquiera a él. En este instante, estoy volando. Floto por los aires, con mi boca pegada a la del hombre que amo. Contengo las lágrimas, gimo, gruño, río. No me importan los rumores, los gritos de emoción, de burla, los silbidos escandalosos. Beso a Tristan Quinn como si no supiera hacer nada mejor. Deslizo mis manos bajo su playera y siento su calor, su humedad. Él gruñe y me besa con más pasión. Con un ardor intenso, una fuerza que me arranca una lágrima. Sólo una. De alegría.

– Qué asco... murmura una chica rozándonos.

No separo mis labios de los de Tristan, pero echo mi brazo hacia atrás con un gesto colérico, un poco al azar. Entro en contacto con la zorra y la empujo para que desaparezca lo más pronto posible. Ella me insulta y yo sólo río. Divertido por mi audacia, Tristan me abraza con más fuerza. Sin romper nuestro beso, enreda sus manos alrededor de mi cintura y me levanta, para que llegue a su altura. Estoy alcanzando el nirvana. Ya no tengo miedo. Ni vergüenza.

*Lo tengo a él. Y eso es todo lo que importa.*

Mis pies regresan al suelo, mis dedos se pierden en su melena rebelde. Tristan me muerde el labio, luego retrocede para retomar el aliento:

– Mierda... ¿En verdad acabas de hacer eso? ¿De mandar a todo el mundo al diablo por mí?

Su voz ronca me hace estremecer. Sonrío antes de perderme en sus ojos claros.

– Si supieras cuánto te amo, Liv Sawyer...

Mi corazón estalla en un millón de partículas. Me lanzo de nuevo contra él, lo beso apasionadamente, temblando y demasiado conmovida como para responderle cualquier cosa. Mi *Te amo*, lo quiero tan perfecto que para decirlo, primero tengo que deshacerme del nudo que tengo en la garganta. Nuestros labios se rozan, nuestras lenguas se acarician... y de pronto, todo se detiene. Demasiado pronto para mi gusto.

– ¡El concierto continúa! grita Elijah jalando a Tristan del brazo.

– ¡Otro escenario nos espera dentro de una hora, amigo! agrega Drake haciéndole una señal para que se apresure. ¡Ésta no es la mejor noche para recrear una novela romántica!

Tristan voltea hacia mí, sus sonrisa retorcida está de regreso. Más insolente o más temible no se puede.

– ¿Continuará, Sawyer?

Asiento tontamente y él regresa al escenario, con su voz prendiéndole fuego a todos los cuerpos aglutinados y sudorosos. Esta vez, susurra un cover de *I Put a Spell on you*.

« *Te lancé un hechizo.* »

*Hmm. ¿Alguien aparte de mí tiene calor?*

Apenas si percibo las miradas de soslayo y las sonrisas crueles cuando regreso con Fergus. No escucho los insultos, y si algunos probablemente tienen la palabra « incesto » en la punta de la lengua, no me la regalan esta noche. O tal vez estoy demasiado contenta como para escucharla... Le impido a mi mejor amigo que se ahogue con su tercer trago, le confisco su identificación falsa y lo saco del bar. Dejo que la voz cálida y profunda de Tristan se ahogue poco a poco mientras que me alejo y preparo mi próximo gran golpe.

*Me ama. No lo estoy soñando. ¡ME AMA!*

Me cuesta trabajo quitarme la sonrisa ingenua durante las horas siguientes. Me cuesta conciliar el sueño esa noche. Me cuesta concentrarme durante las visitas guiadas, responder a las preguntas de los potenciales clientes al día siguiente. Me cuesta esperar a que las manecillas lleguen finalmente a las 8 de la noche.

Mi espía me informó bien. Betty-Sue y todas esas personas que viven en su cabeza son unánimes: papá y Sienna salieron esta noche, cada uno de su lado. Con mi maleta en los pies, toco la puerta de la villa a las 8 :30 en punto, esperando no encontrármelos. Confirmación: me los encuentro, pero a la inversa.

*Ojos azules. Boca insolente. Figura de mariscal de campo. Cabello despeinado. Manzana de Adán prominente. ¿Ya hablé de sus ojos?*

*La mezcla perfecta entre intensidad y malicia es el secreto de Tristan Quinn.*

– ¿Qué estás haciendo aquí, Sawyer?

Mientras me sonrío, pasea su mirada por todo mi cuerpo. Pongo mi índice sobre mis labios y le hago comprender que no agregue nada más. Doy dos pasos hacia atrás y saco la pancarta que escondía a mis espaldas. En el anverso, le doy tiempo para leer: « ¡ESTOY LISTA! »

Como si estuviera incómodo, o sorprendido, el titán inclina su cabeza hacia el frente y hunde las manos en su cabello. Luego se endereza y me mira insolentemente, cruzando los brazos sobre el torso. Aprovecho esto para voltear la pancarta y mostrarle el reverso: « ¡TE AMO, QUINN! »

Abajo, escrito con letras más pequeñas: « Entonces, ¿quieres amar a una hija de papá loca por ti? »

Él estalla de risa, suelto el cartón y recorro la distancia que nos separa. Me lanzo a sus brazos mientras que él me hace girar por los aires gruñendo en mi cuello.

– Carajo... murmura abrazándome. ¡Vas a volverme loco!

– Tal vez sea por eso que me amas, ¿no?

Suspira, me susurra algunas palabras de amor y me dejo llevar por su cuerpo ardiente. La escena no podría ser más perfecta. Ríe a carcajadas cuando Tristan de repente da la media vuelta, toma mi bolso y lo lanza al interior de la casa. La puerta se azota detrás de nosotros.

– ¡No irás a ninguna parte, Sawyer!

Me extiende la mano, me le escapo y corro hacia las escaleras. En mi carrera loca, casi tiro a Harry, quien está sentado en el primer escalón, con la pata de Alfred en la boca.

– Liv, regresaste. ¿Ya no te irás?

– No, pequeño, me quedaré con ustedes, le sonrío tiernamente.

Tristan se nos une y el niño aterriza en los brazos del mayor, en dirección a su habitación. De camino, lleno a Harry de besos obligando al gigante a inclinarlo hacia mí. Éste grita de risa y pide más. Tristan, por su parte, hace como si estuviera celoso:

– ¡Apenas la acabo de recuperar y otro más joven y apuesto que yo ya me la quiere robar!

– Eso no pasará... nunca, le susurro al oído.

Su mirada se cruza con la mía, por un ínfimo instante, y lo que leo en ella me hace sonrojar. Imágenes de nosotros, desnudos, ardientes e insaciables me vienen a la mente.

– ¡Es la hora de dormir, Don Juan!

Tristan acuesta rápidamente a Harrison, le da un beso en la frente y enciende su lámpara de noche.

– ¿Ustedes también se van a dormir?

– Hmm... Buenas noches, *little bro'*.

La mirada que me lanza... Decidida, hambrienta, salvaje. Todo mi cuerpo tiembla de ansias por él.

Todo pasa muy rápido, como en una escena acelerada. Excepto por un detalle: lo deseo tanto que podría gritar.

Febriles, nos lanzamos al pasillo para llegar a la madriguera de Tristan. Una vez que llegamos a la habitación con paredes oscuras, llena de pilas de discos, de partituras y de instrumentos de música, mi cuerpo toma realmente consciencia de la falta que le hizo. Tristan probablemente se da cuenta de lo mismo, en el mismo instante. Mi pulso se acelera, mis mejillas se encienden bajo el efecto de su mirada ardiente. La puerta de su habitación se cierra repentinamente detrás de nosotros, azotándose sutil y ligeramente. Dejo que mi espalda choque contra la madera fresca y jalo a Tristan del cuello para aplacarlo contra mí.

– Deja de mirarme y bésame. Ya esperé demasiado tiempo...

Sus labios se estiran en una sonrisa diabólica, se resiste a mi ridícula toma de poder y pone sus dos manos sobre la puerta, a cada lado de mi cabeza. Estoy atrapada. Sabe que eso me vuelve loca, ése es justamente el efecto que busca. Su respiración se mezcla con la mía, nuestros pechos se elevan al unísono. Luego el insolente acerca lentamente su boca a la mía. Su voz ronca se eleva y resuena en todo mi cuerpo:

– Amo mirarte, Liv... ¿Eso te causa problemas?

– ¿Así de... intensamente? murmuro perturbada. ¿Como si vieras mi cuerpo desnudo a través de mi ropa?

– Exactamente.

*Esa voz, por la que haría lo que fuera...*

Sus ojos claros se ensombrecen cuando se posan sobre mi boca entreabierta, dispuesta a todo. Con él. Para él. Un beso, eso es todo lo que pido.

– ¿Entonces, Sawyer, quisieras que te bese? sonrío de nuevo.

A manera de respuesta, intento robarle ese maldito beso, pero el niño travieso me esquivo. Fiel a él mismo, decidió improvisar y ser el amo del juego. Atrapada entre sus dos brazos, no tengo más opción que quedarme tranquila en mi lugar, contra la puerta.

*¿« Tranquila »? No lo creo, no...*

– ¿Quieres jugar, Quinn? Entonces juguemos...

Con mi mirada insumisa clavada en la suya, comienzo a desabotonar mi camisa azul cielo. Lentamente, insolentemente, botón a botón. Los ojos del playboy pasan de mi boca a mi escote, sin saber dónde detenerse. Rápidamente, mi falta de sostén se vuelve evidente y su cuerpo se tensa, cerca del mío. No necesito bajar la mirada para saber que un bulto se está formando bajo sus jeans.

– Mierda, Liv...

Tristan suspira profundamente, se muerde el labio, luego quita una mano de la puerta pasarla enérgicamente por su cabello. Aprovecho esta abertura y salto hacia el frente, presionando finalmente mis labios hambrientos contra los suyos. Él no lucha, recibe mi boca, mi lengua, mis gemidos, mi deseo y me carga entre sus brazos para aplacarme contra la pared de al lado. Ahí, se separa de mí por un instante para jalar mi camisa con un movimiento brusco y hacer saltar todos los botones restantes. Suelto un grito agudo, más excitada que nunca por su audacia. Muy orgulloso de su gesto, la bestia me libera de la tela, luego regresa a besarme mordiéndome el labio inferior. Todo mi cuerpo se estremece. Mis pezones están duros como piedras y él los calienta con sus palmas sin dejar de besarme.

*Y el torbellino comienza...*

El beso se intensifica, deslizo mis manos por su nuca y lo volteo, para que ahora él se encuentre de espaldas a la pared. No hay ninguna razón para que sólo él tenga el control.

– Nunca te das por vencida, ¿verdad? ríe suavemente entre mis labios.

– No.

– Tienes razón. Así es mucho más excitante...

Algunos segundos más tarde, me empuja de nuevo y choco contra la superficie fría. Con nuestras manos impacientes y nuestros labios soldados, Tristan y yo damos vueltas y vueltas en la habitación, golpeándonos contra la cama,

tropezando con un montón de revistas, un amplificador, una Gibson. Yo pierdo mis sandalias, él se quita los tenis, yo gimo, él gruñe. Siento su erección contra mi pierna mientras que acaricia mis senos, roza la piel de mi vientre, mis costados, mis caderas. Lo deseo peligrosamente.

Casi sin aliento, termino por romper esta unión y le paso la playera por encima de la cabeza. Sus labios se pierden a lo largo de mi hombro desnudo, desabotono sus jeans para deslizarlos por sus piernas. Hago lo mismo con sus bóxers grises, los cuales le jalo hasta los tobillos. Tristan se deshace de ellos, luego se queda quieto. Respira un poco más fuerte cuando siente mi mano llegando a su virilidad.

Algo violento, apasionado y demente se apodera de mí. Al contacto con su sexo, la sangre en mis venas se convierte en lava. Lo tomo con la palma de mi mano, lo rozo, lo acaricio, lo presiono ligeramente. Tristan suelta una grosería, pero su erección se tensa un poco más contra mi palma, como si su cuerpo y su razón se batieran en duelo. Lo acaricio de arriba a abajo, experimentando un inmenso placer al interior de mis muslos. Está duro, extremadamente duro. Apetitoso, también.

Entonces, mientras que sus ojos me observan sin perderse el menor de mis movimientos, me arrodillo en el piso. Con su mirada sorprendida, velada por el deseo, Tristan deja escapar, con su voz profunda:

– ¿Liv?

– ¿Tristan? le sonrío mirándolo desde abajo, de manera atrevida.

– ¿Estás segura?

Es inútil responderle. Jamás le he hecho una felación a nadie, nunca he sentido ganas de hacerlo, pero con él es diferente. Todo es diferente. Acercó mis labios a su sexo y le rozo la punta. Es suave. Caliente. Él se tensa, me mira con sus ojos brillantes, dudando entre animarme o levantarme del piso para detenerme en seco. Sin embargo, tiene tantas ganas como yo de probar este nuevo placer...

– No estás obligada a hacerlo... murmura.

Para hacerlo callar, para que deje de protegerme de él, de mí, pongo mis dos manos sobre sus flancos y lo meto en mi boca. Mi primera vez. Una extraña sensación me sumerge. El sabor salado de su piel se expande por mi lengua. Voy un poco más lejos, para explorarlo, tomándome mi tiempo para no arruinar nada. No soy más que una principiante, todavía tengo mucho por aprender.

Desde abajo, los hombros de mi amante me parecen mucho más inmensos. Su belleza me impresiona, las curvas de su cuerpo, tan perfectamente dibujadas, me impactan, mientras que él inclina la cabeza para saborear mejor mis caricias. Me guío por mi instinto, sin buscar más que su placer... y el mío.

Poco a poco, mi boca progresa, se vuelve más precisa y más aventurada también. Ahora, ella es la que sabe. Hasta dónde llegar, cuándo rozarlo,

cosquillearlo, aspirarlo, succionarlo. Mis manos se unen a la danza y, rápidamente, Tristan se tensa, grita, me mira con ternura, luego con fervor, palpita contra mi palma y en mi boca.

– Liv, ¿quieres matarme...?

Su voz no es más que un resoplo ronco, apenas audible. Una ola de calor me atraviesa, sube y baja por todo mi cuerpo, como si su placer y mi deseo se mezclaran en mis venas. Y de repente, Tristan se encuentra a mi altura, de rodillas. Me acomoda sobre el piso frío para saltarme encima.

– Ya verás, Sawyer...

Muero de ganas por que cumpla con sus amenazas. Tristan me muerde el cuello, los costados, río de excitación, lista como nunca para abandonarme a él. Ahora nos encontramos en condiciones iguales: ambos perfectamente desnudos. Su mirada asesina me examina, hasta el mínimo recoveco, luego se pone sobre mis muslos. O justo al lado. Ahí donde estoy empapada.

– Sería hora de que me muestres lo que sabes hacer, rockstar, le sonrío insolentemente.

– ¿No te acuerdas? Hace poco, gritabas mi nombre...

Su comentario da en el blanco. Me excita. Mis muslos hormiguean frenéticamente. Ya no lo deseo, sino que lo necesito. *En mí.*

– Sí, justamente, hace mucho de eso... murmuro.

Tristan besa mi ombligo, pasa su lengua por un lunar cerca de mis labios, separa mis muslos y roza mi clítoris. Me arqueo, gruño algunas palabras inaudibles y él aspira mi botón para después hundir su lengua en mí. Jadeo, me aferro a un pedazo de alfombra que se encuentra cerca de ahí, gimo cuando sus dedos se ensañan con mis pezones.

– ¿*Realmente* habías olvidado todo eso? susurra mi verdugo desde mi entrepierna.

– Cállate y trabaja.

Mi gruñido lo hace reír suavemente y su respiración contra mi carne me lleva un poco más hacia los confines del placer. Me agito, su boca me recubre, caliente, húmeda.

*Enloquecedora.*

– ¡Más!

Cuando estoy a punto de explotar, Tristan detiene sus caricias y sube por mi cuerpo para besarme salvajemente. Una vez más, no puedo reprimir un gemido, sobre todo cuando su virilidad llega a acomodarse entre mis muslos. Sin penetrarme, el insolente se pone a ondular con la cadera, imprimiendo idas y venidas a lo largo de mi piel ultra sensible. El roce de su sexo contra el mío me vuelve loca. Demente. Psicópata. Me transformo en una bestia salvaje. Clavo mis uñas en su espalda, respiro a mil por hora, me arqueo hasta casi romperme la

columna para sentirlo mejor contra mí. Ya no tengo ni una onza de paciencia.

– ¡Tristan! ¡Vente! ¡En mí! le suplico de repente.

Su boca se aplaca sobre la mía mientras me penetra bruscamente. Mi grito se ve ahogado por sus labios. Sus asaltos son rápidos, profundos, ardientes. Mis muslos se abren un poco más a su paso, mi pelvis ondula, animo cada uno de sus vaivenes, cada una de sus puñaladas. Tristan me toma, una y otra vez, y las sensaciones salvajes me invaden. Animales.

*No hay nada mejor que esto. El abandono total. La osmosis de nuestros cuerpos. La fuerza de nuestro deseo. El poder de nuestro placer.*

Su respiración se enloquece un poco más. Nuestras pieles golpean la una contra la otra, produciendo un ruido perfecto. Lo siento entrando con más profundidad, creciendo en mí, contrayéndose más. Tristan me susurra que nunca había estado tan empapada, que había soñado un millón de veces con esta escena, durante nuestra separación, que ninguna antes de mí había tenido este efecto en él.

Estoy a punto de decirle al oído que lo amo, locamente, apasionadamente, perdidamente, cuando todos mis músculos se tensan, desde mi mandíbula hasta los dedos de mis pies. Mi piel, al contacto con la suya, se regocija, arde, se liquidifica, el orgasmo me atraviesa, me corta el aliento. Mi boca se abre, se vuelve a cerrar en el vacío. Ya ni siquiera soy capaz de gritar su nombre, tan grande es el placer que me transporta.

Luego Tristan me acompaña en las alturas, hundiéndose una última vez en mí para explotar. Si nuestro encuentro fue salvaje, brusco, intenso, este punto final es un poco más... tierno. Atento. El chico que habita mis noches y mis días se acuesta a mi lado, con la respiración entrecortada. Me acaricia la mejilla y luego gira mi rostro hacia él.

– Jamás había conocido esto... murmura. Jamás, antes de ti.



## 5. El momento de la verdad

– No te muevas, Sawyer... Y te prohíbo que arruines este momento empezando a pensar.

Los brazos de Tristan me envuelven, fuertes, cálidos, reconfortantes. Ninguna cobija, ninguna sábana, ninguna prenda cubre nuestros cuerpos desnudos. Sólo una semi oscuridad. Y ninguno de los dos piensa esconderse, interrumpir este instante sagrado para preservar su pudor o su orgullo. Me siento increíblemente serena, ligera. Pero no estoy en las nubes. Estoy con los pies en la tierra, con él, en esta vida. Mi cuerpo agotado descansa suavemente entre sus brazos, como si justo en ellos hubiera encontrado su lugar y pudiera abandonarse en él. Me volteo sólo un poco para sumergirme más en este dulce estupor, con mi espalda contra su torso, mis nalgas contra su...

– ¡Ni siquiera intentes salir de mi cama!

– ¡Qué posesivo puedes llegar a ser, Quinn! me burlo mordiendo su bíceps que me aprieta. No tenía la intención de irme a ninguna parte.

– Sólo quería verificar, susurra fingiendo indiferencia.

– Pero aun así tengo que regresar a mi cama antes que...

– ¡Shh!

Tristan suelta un gruñido viril, descontento, luego pega su palma contra mi boca.

– Sé que terminarán por regresar. Sé que no deben encontrarnos aquí, desnudos, juntos. Pero Sienna tiene una boda en su hotel, así que regresará en la madrugada o hasta mañana. Y tu padre me dijo que iba a aprovechar para fumar todos los cigarrillos que quisiera y estar con sus amigos.

– Ya sé todo eso, Tristan. ¡Tengo un muy buen informante! digo regocijándome.

– Hmm... ¿Alguien de cabello gris y largo, que usa vestidos de arcoíris y pasea por la casa para obtener información, como si nada?

– ¡OK, tengo el informante más indiscreto de toda la ciudad! admito.

– Pero sin duda la mejor abuela del mundo, sonrío a mis espaldas.

Me volteo entre sus brazos para acostarme del otro lado, frente a él. Deslizo un brazo bajo la almohada que compartimos. Pongo mi cabeza contra su hombro y meto mi pierna desnuda entre las suyas. Nunca me canso de enlazarme así con él. Ni de observar su cabello castaño despeinado, el tono de su piel bronceada, los rasgos finos y delicados de su rostro a pesar de la virilidad de su mandíbula

cuadrada, su nariz recta y orgullosa, su labio superior, apenas arrogante cuando sonrío, su labio inferior, irresistiblemente lleno de sensualidad. Clavo mi mirada en la suya, azul, penetrante, luminosa. Enternecedora.

– ¿Ya te he dicho que eres el chico más impredecible que jamás haya conocido? Nunca sé si me vas a lanzar una indirecta, susurrarme palabras crueles o hacerme el comentario más lindo que haya escuchado jamás...

– Sí, creí comprender que me amabas, con tus pancartas... me resopla su boca insolente. Pero eso que escribiste, no, nunca me lo has dicho.

Sus ojos brillantes me lanzan un desafío. Y mi corazón se detiene un instante. Mi mano se desliza por su mejilla, mi pulgar roza el hueco de su hoyuelo y mis labios se entreabren, tímidos, vacilando un segundo más.

– No se lo diré a nadie, llega a murmurar muy cerca de mi boca.

– Te amo...

Era el momento de confesarlo. Mi voz era casi inaudible, pero aun así, ésta se abrió paso en medio del silencio, en la obscuridad. La sonrisa que viene a besarme obtuvo lo que quería. Le respondo su beso, loca de felicidad, y aliviada de haber pronunciado finalmente esta declaración.

*Y tal vez mucho más, más que nunca enamorada de él ahora que lo dije.*

Luego nuestro beso se interrumpe demasiado rápido. La sonrisa se borra del bello rostro de Tristan. Se vuelve repentinamente sombrío. Se endereza ligeramente poniendo su índice sobre mi boca. Yo también escucho el extraño ruido que lo asusta. En las escaleras. Mi corazón se detiene una vez más.

– ¡¿Qué hora es?!

– Más de la medianoche.

– ¡Tu padre no puede regresar tan temprano!

– ¿Un ladrón?

– ¡Por supuesto que no, Sawyer! me dice frunciendo el ceño.

– ¡Entonces, tengo que esconderme!

– Espera...

– No puede ser más que mi padre o tu madre, Tristan...

– ¡Iré a ver!

– ¡No! ¡No me dejes!

Detengo a Tristan del brazo, muerta de miedo, de frío. La duela cruje y hace callar mis protestas.

– Estoy seguro de que hay alguien ahí, susurra abrazándome para evitar que tiemble.

– ¡Vístete!

Tristan se pone la ropa al mismo tiempo que yo. Luego viene a alisarme el cabello despeinado, antes de poner su larga mano sobre mi nuca, como cada vez que necesito su presencia, su calor, su seguridad. Después de un interminable

silencio, es la puerta de entrada, abajo, lo que se escucha abriéndose y volviendo a cerrarse.

– Quédate aquí...

Él se frota vigorosamente el cabello y luego sale de su habitación, descalzo, con la gracia y la discreción de un gato. Siento como si esperara toda una eternidad. Pero él regresa unos segundos más tarde, con su andar indolente, y su voz grave me resopla:

– No hay nadie.

– ¡¿Seguro?!

– Espera, sólo iré a verificar que no sea Harry que se levantó.

Lo sigo en el pasillo oscuro, intentando comprender, explicar los ruidos. No los alucinamos. Y los escalofríos recorren nuevamente mi piel.

– ¡No está aquí, Liv! ¡Harry no está en su cama!

La voz de Tristan se quiebra y se pone a correr, por todas partes, como un loco. Abre las puertas de todas las habitaciones, una por una, violentamente, llamando a su hermano, gritando. Corro a la planta baja para hacer lo mismo. Pero una sensación de impotencia se apodera ya de mí. La cocina, la sala, la biblioteca, el baño, todo está vacío. La villa es grande, pero no tanto. Siento que ya la recorrimos tres veces. Grito el nombre del niño, una y otra vez. Regreso a las habitaciones donde no lo encontré. Tristan surge de la *safe room*, al borde de la implosión.

– Mierda, ¿dónde está?

Él se pone a abrir los armarios, a jalar todas las sillas, a recostarse para mirar bajo los muebles, a buscar detrás de los cojines, de las cortinas, a hurgar en todos los rincones. Lo imito, como si hubiera lugares que pudiera olvidar. Busco en donde jamás podría esconderse un niño de 3 años. Me siento inútil, vacía, helada. Pero aun así sigo buscando. Con todas mis fuerzas.

Luego Tristan se detiene en seco, me mira. Una chispa atraviesa sus ojos azules, desorbitados. Corre hacia el patio, frente a la casa. « ¡Harry! » resuena en la noche, como un largo sollozo ahogado en un grito. Sigo al hermano mayor afuera, rogando por que el pequeño haya tenido unas ganas loca de patinar a media noche. Y que este infierno se acabe aquí.

– ¡Hey, tú!

Tristan llama a una silueta, pequeña, esbelta, que se inmoviliza detrás del portón de la casa antes de huir corriendo.

– ¡Deténgase! grito como si eso pudiera tener algún efecto.

Veinte o treinta metros atrás, Tristan lo persigue. A lo lejos, la silueta pasa bajo un farol y su cabello rojo me salta a los ojos. No es un rubio rojizo, ni un castaño cobrizo, no, es un verdadero naranja. Vivo. Irlandés. Que no se parece a ningún otro.

– ¡¿Fergus?!

Mi grito agudo no le llega ni a Tristan ni a quien persigue. Siento como si la tierra se abriera en dos, justo bajo mis pies. Y no logro asimilarlo.

– ¡¿Viste quién era?! gruñe Tristan regresando al patio, sin aliento, con la piel de sus brazos brillando de sudor y su mirada llena de terror.

– Sí... ¿No lograste atraparlo?

– ¡No, Liv! ¡Perdí a ese imbécil!

– Tris...

– ¡Llámallo!

– Sabes bien que jamás le haría daño a Harry. Y además, no estaba en el jardín sino detrás del portón. No puso los pies en nuestra casa...

– ¡¿Qué diablos estaba haciendo aquí?!

– No lo sé... Es mi mejor amigo, no haría lo que crees.

– ¿Entonces por qué corre? ¿Por qué no se detiene, carajo?

Tristan pateo violentamente el portón. No sé si dejarlo solo. Mi cerebro está hecho bolas: ¿debo ocuparme de él? ¿Llamar a Fergie? ¿Seguir buscando a Harry? Termino por ir por mi celular, arriba, y bajo corriendo, con el teléfono pegado a la oreja. Los tonos se eternizan, pero nadie contesta. Llamo a Fergus tres veces, seis veces, diez. La onceava vez, me envía directamente a buzón. Y debo controlarme para no lanzar mi teléfono contra la pared, con todas mis fuerzas. Una minúscula duda entra en mi cerebro.

*¿Acaso esto es sólo una coincidencia?*

*¿Qué tiene que ver Fergus O'Reilly con Harrison Quinn?*

*¿Qué relación hay entre mi mejor amigo, que no lastimaría ni a una mosca y hasta podría tenerle miedo, y un pequeño de 3 años, inocente, y al menos igual de miedoso que él?*

*¿Y por qué no lo encontramos, maldita sea?*

Tomo una lámpara de un cajón de la cocina y doy vueltas por la calle, con Tristan siguiéndome.

– Si Harry está aquí, no debe estar muy lejos.

– ¿En verdad crees que haya huido?

– ¡No lo sé! Puede ser que sólo haya ido a pasear.

– ¡¿Solo?! ¡¿A esta hora?!

– ¡O entonces estamos en una pesadilla! O tuvo miedo de algo y quiso huir...

– ¡Hubiera venido a verme, Liv! gruñe Tristan como si estuviera poniendo su papel de hermano mayor en cuestión.

– ¡Tenemos que seguir buscándolo! grito, sintiendo mis nervios aumentar.

– ¿Y tu Fergus? recuerda de repente. ¿Qué estaba haciendo detrás del portón? ¿Y por qué huyó?

– No lo sé... tiemblo.

– ¿Y cómo que « si Harry está aquí » ? ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué tal vez

ya no esté aquí? ¿Que alguien se lo llevó? ¿Que lo secuestraron? ¿O algo peor?

Tristan estalla, como si yo no tuviera derecho de hablar de esas posibilidades. Con ambas manos perdidas entre su cabello despeinado, da media vuelta y corre de nuevo hacia la casa. Tengo ganas de creerle. Tengo tantas ganas de que Harrison esté escondido en alguna parte. Corro tras él. Tristan regresa del jardín trasero, pareciendo aturdido y con el rostro descompuesto.

– Sabe que no debe acercarse a la piscina, digo suavemente... Y la puerta sigue cerrada.

Y me arrepiento de inmediato. De esta banalidad. De esas frases que no sirven de nada. Y de no encontrar ninguna otra para tranquilizarlo, para ayudarlo, para intentar comprender lo que pudo haber pasado.

– Él sabe todo, Liv. Harry jamás en su vida ha hecho una travesura. Nunca. Es el único niño en el mundo que respeta los límites, que escucha todo lo que se le dice, que nunca hace nada grave, loco, o inquietante... Es tan bien portado, tan serio y responsable, es mucho mejor que yo. ¿Entonces por qué no está aquí?

Tristan cede y se derrumba en el primer escalón de la escalera. Su voz de ultratumba me hace temblar. Su mirada desesperada me conmociona. Pareciera como si todo el mal del mundo acabara de caer sobre sus amplios hombros, sacudidos por los sollozos. Corro hacia él, rodeo su cabeza con mis brazos. Él hunde su rostro contra mí y ahoga sus gritos en mi vientre.

*Me duele tanto verlo así.*

– Tenemos que llamar a la policía, susurro una vez que se calmó un poco.

– Lo voy a matar. Mataré a quien se haya llevado a mi hermano. Y si es ese bastardo de Fergus, lo mataré lentamente. Para que sufra como nunca...

Sus mandíbulas se contraen, una espesa vena nace sobre su sien y continúo acariciando su cabello despeinado. Intento calmarlo, como puedo, absorber un poco de su rabia, de su dolor y olvidar los míos. Tomar el control de las cosas, por primera vez. Estar a su altura. Tengo la gran convicción de que Fergus no es culpable de nada. El código del portón cambia todas las semanas desde la intrusión de quienes pintaron el grafiti y no le confié a nadie la última contraseña para entrar en la villa. No puede ser él. ¿Pero es alguien más?

– Tienes que avisarle a tu madre, Tristan. Y yo tengo que hablarle a mi padre. No podemos esperar más... No podemos dejarlos fuera de esto.

Él asiente en silencio, se levanta firmemente, cierra los ojos como si un vértigo lo atacara, luego se seca el rostro con el brazo, como si las lágrimas nunca hubieran corrido. Desliza su mano en la mía y saca el celular de su bolsillo. Marco al 911 mientras que él llama a Sienna. Sus dedos se aferran a los míos. Lo escucho suplicarle que regrese, sin poder decirle por qué. Al otro lado de la línea, me ponen en espera. Aguanto algunos minutos y luego ya no aguanto: cuelgo para llamar a mi padre. Éste comprende de inmediato que algo no está bien. Le cuento toda la

verdad, le digo todo lo que sé. Él me pide que no me mueva, me promete que llegará tan pronto como pueda. Es él quien se encarga de llamar a las autoridades que ya están en camino. ¿Tristan y yo? No debemos movernos de aquí, debemos quedarnos en la casa esperando ver al pequeño reaparecer con su cocodrilo.

Cuando colgamos, nuestras manos siguen entrelazadas. Terminamos por sentarnos, lado a lado, sobre un escalón.

– Debí haber salido antes de la habitación, en cuanto escuchamos el ruido, suspira. Esperé demasiado...

– Fui yo quien te impidió que fueras. Tenía miedo...

– No te creí cuando hablaste de un ladrón.

– Porque querías tranquilizarme...

– Harry era mi responsabilidad. Es lo más importante que tengo que hacer en la vida. Cuidarlo. En lugar de eso, yo...

– Pasas la noche conmigo. Porque me invité a tu cama, balbuceo, roja por la culpa.

– No es tu culpa, silba apretando los dientes.

– Vamos a encontrarlo, digo en voz baja, sintiendo las lágrimas acumulándose.

Una SUV rechina sus llantas frente al portón. Mi padre llega corriendo a la casa, trayendo con él una corriente de aire impregnada de tabaco. Él se planta frente a nosotros, sin aliento, nos explica que llamó a la policía, habló de la huida de Fergus y que una patrulla está por llegar. Luego se calla, nos mira, uno a la vez, con una infinita tristeza al fondo de los ojos. Ni por un segundo leo en ellos enojo ni reproches. Sólo veo amor, compasión, angustia mal disimulada.

Sin soltar la mano de Tristan, me lanzo a los brazos de mi padre. Él me abraza. Casi me arrulla, acariciando mi cabello. Mi brazo sigue estirado hacia atrás, unido a quien amo. Y a quien tengo tantas ganas de transmitirle un poco de este amor paterno, un poco de este consuelo, aunque sea efímero.

Como si leyera mi mente, Craig le tiende dulcemente la mano para invitarlo a unirse a nuestro abrazo. En la punta de mis dedos, siento a Tristan moviéndose. Se endereza, dejando escapar un suspiro ronco, como si el menor movimiento le doliera. Baja de su escalón, como si éste fuera un inmenso abismo que atravesar. Luego llega a chocar contra el hombro de mi padre para derrumbarse en él. Finalmente.

– ¡¿Qué fue lo que hice, Craig?!

– Tú no hiciste nada, le asegura mi padre con una voz firme. Ustedes no hicieron nada malo, ninguno de los dos.

Sus dos brazos nos rodean. Sus dos manos se ponen sobre cada una de nuestras cabezas. Y una imagen regresa a mi memoria, enternecedora y cruel: Harrison acurrucado contra su hermano, con sus pequeñas piernas regordetas

rodeando su cintura y su cabeza reposando sobre su hombro, en su posición favorita, en el lugar donde se sentía más seguro.

– ¿Dónde está, papá? sollozo. Debe tener tanto miedo...

– Lo encontraremos, dice mi padre, como yo le dije a Tristan hace poco.

– ¿Qué sucede? nos interrumpe Sienna con una voz neutra.

Tristan retrocede, como si alguien acabara de atraparlo en flagrante delito de debilidad, de cariño prohibido. Y por primera vez, no es conmigo. Sino con su padrastro. El único adulto al que tolera. Detrás de la ventana de la sala, a lo lejos en la calle, unas luces azules comienzan a parpadear. Y se escuchan unas sirenas.

– Mamá...

– ¿Qué está haciendo ella aquí?

– Mamá, escúchame...

– ¿Por qué están todos aquí a mitad de la noche?

En su mirada hay una mezcla de incomprensión y de agresividad. Como si llegara a una fiesta a la que no fue invitada, pero que aun así ocurre en su propia casa. Como si todos estuviéramos confabulados contra ella, a sus espaldas. Como si al fin hubiéramos decidido amarnos. Sin ella. Y los policías llegaron para detenerla, expulsarla de esta casa que no es la suya. De esta « familia » con la cual soñaba.

Mi madrastra parece pensar a toda velocidad, dudar entre reprocharnos o suplicarnos que la incluyamos. Su desasosiego es conmovedor por su sinceridad. Pero entonces me doy cuenta de que entre todo lo que está imaginando, desesperadamente, todavía no ha pensado en lo peor. En la verdad.

– Harry ha desaparecido.

Hubiera querido que esperara un poco más. Pero era el momento de confesarlo. La voz grave de Tristan rompió el silencio. Definitivamente. Y todos nuestros corazones junto con él.

**Continuará...**

**¡No se pierda el siguiente volumen!**

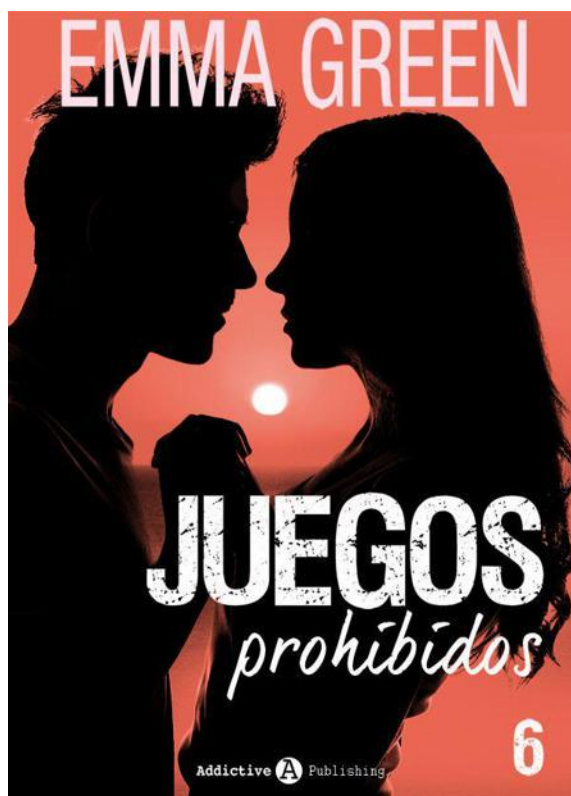
## En la biblioteca:

### Juegos Prohibidos - volumen 6

A los 15 años conocí a mi peor enemigo. Sólo que Tristan era también el hijo de la nueva esposa de mi padre. Y eso nos obligaba a vivir en la misma familia, aunque no tuviésemos ningún vínculo de sangre. Entre nosotros, la guerra estaba declarada. Y no aguantamos ni dos meses bajo el mismo techo.

A los 18 años, el rey de los idiotas regresa del internado a donde fue enviado. Tiene su diploma en el bolsillo, los ojos más penetrantes que puedan existir y una sonrisa insoportable que tengo ganas de borrar de su cara angelical. O de besar sólo para hacerlo callar.

Entre Liv y Tristan, ganará quien logre resistir por más tiempo. Sin rendirse. Sin cometer un asesinato. O peor aún, sin enamorarse perdidamente del otro...





## En la biblioteca:

### Call me bitch

A Jude Montgomery, el irredimible dandi millonario, y a Joséphine Merlin, la guapa habladora de mal carácter, se les confía el cuidado de la pequeña Birdie: una princesa de tres años, cuyo adinerado padre, Emmett Rochester, se divierte de lo lindo en las Bermudas con su chica. ¿Será un lindo engaño montado para reunir al mejor amigo de uno y a la hermana gemela de la otra? Si solamente... Ponga en una residencia londinense a los peores niños del planeta y los mejores enemigos del mundo, agregue una horrible niña mimada y deje cocer a fuego lento durante dos semanas. ¿El plan más desastroso del universo o la receta para una pasión condimentada, con justo lo que se necesita de amor, odio, humor y deseo?

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)

